

Serie Familiar "9"

Una mujer de su casa



George Brent · Bette Davis · Ann Dvorak

1 Pta

"ediciones bistagne"

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARTO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

Una mujer de su casa

Excelente comedia dramática, de ambiente familiar,
en que se nos muestra de manera encantadora
y sencilla la vida de todos los días

Dirección de
ALFRED E. GREEN

Es un film de la prestigiosa firma
WARNER BROS - FIRST NATIONAL

Distribuido por
Warner Bros - First National Films, S. A. E.
Paseo de Gracia, 77 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne
4 Abril 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

GEORGE BRENT

BETTE DAVIS

ANN DVORAK

John Halliday

Ruth Donnelly

Hobart Cavanaugh

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Una mujer de su casa

Argumento de la película

Nan tenía que atender a todo. Como buena ama de casa era ella la que primero se levantaba, la que corría a la cocina a preparar el desayuno para que su marido encontrara a punto y tal como a él le gustaban, los huevos, la leche, las tostadas. La sirvienta que tenía no era de gran disposición y Nan presidía todos los manejos caseros que, abandonados en manos de aquella muchacha de buena voluntad, pero de muy pocos alcances, hubieran andado quién sabe cómo. Nan era infatigable. Con su delantalillo limpio y su aire sereno, corría por toda la casa con afán, vigilándolo todo, escudriñándolo todo, atendiendo a todo. Su casa era su trono, era su dominio, era el reino que ocupaba con majestad y que sabía manejar con un admirable sentido de estadista. Del ínfimo

suelo que su esposo ganaba en la oficina hacía ella milagros financieros y especulaciones que le hubieran envidiado muchos de esos grandes talentos que figuran a la cabeza de las juntas de gobierno de los grandes centros financieros.

Era una mujer perfecta. Nunca mostraba ni la más ligera fatiga ni el gesto de lasitud de un trabajo abrumador y mal recompensado, porque ella trabajaba enamorada de su hogar y, sobre todo, enamorada, locamente enamorada de su esposo. Nan sonreía siempre que pensaba en él y aquella sonrisa que le iluminaba el rostro con una inefable dulzura de íntima felicidad era la mejor recompensa de sus trabajos, porque aquella sonrisa que brotaba al recuerdo del amado era la muestra más viva de que el amor no había menguado en su

corazón juvenil y que los años de matrimonio no habían eclipsado la clara luz de la luna de miel.

Nan era dichosa en medio de sus estrecheces y de sus trabajos. Su dicha no era brillante, no era chillona, no era de las que pueden producir envidia a aquellos que sólo saben apreciar las cosas que se materializan; su dicha era tan íntima que sólo ella podía gozarla y acaso por eso, porque era silenciosa y oscura, era una dicha más verdad, más positiva y más duradera que las que estaban formadas por oropes deslumbradores.

Sólo una cosa hubiera deseado Nan con toda su alma, si su alma no hubiera estado tan llena de amor que hubiera podido dar cabida a un deseo: que Bill, su querido Bill, tuviera un carácter más emprendedor. Bill era bueno, era trabajador, era honrado, pero no había nacido para las grandes empresas. Se contentaba con un sueldo; sabía obedecer; pero no tenía el ansia de mandar. En la oficina cumplía, pero el cumplimiento de su deber no le producía lo que hubiera podido producirle un rasgo de firmeza de su carácter, de aquel carácter apocado que no daba paso a ninguna gran idea ni a ningún esfuerzo personal. Nan hubiera podido pesar en todo eso si no

hubiera amado tanto a Bill, pero como le amaba por encima de todo había encontrado muy natural que su marido se amoldara a vivir de un sueldo y no tuviera más aspiraciones que aquella vida mediocre que podían vivir con el ingreso ínfimo que su trabajo le producía.

Bill no se daba cuenta tampoco de que aquella vida no era la que podía satisfacer a un hombre, ni era la vida que un hombre, un hombre fuerte y con aptitudes para volar hacia otros horizontes, había de ofrecer a una mujer. Y no se daba cuenta de ello porque Nan era la mujer perfecta, abnegada, buena, dulce, dichosa dentro de su ambiente y que trabaja y vive porque el amor la sostiene. Bill se había acostumbrado a vivir de aquel modo y no se le ocurría pensar que la vida no puede ni debe quedar encerrada entre el limitado círculo de las paredes de una oficina, siendo un eslabón más de la cadena que mueve una gran firma comercial.

Nan, alguna vez, muy suavemente, se había atrevido a indicar a Bill la necesidad de que emprendiera algo por su cuenta; pero tropezaba siempre con la pasividad de su esposo, con su indiferencia, con la falta de capital para poner un negocio y con la falta de carácter

de Bill, que se encogía de hombros y replicaba siempre, indefectiblemente:

—¿Qué puedo yo hacer? Cuando se tiene un sueldo fijo que permite vivir sin grandes privaciones, es una locura dejarlo para correr el albur de empresas que han de fracasar.

Nan no quería contradecirle. Nan quería tener la dicha encerrada dentro de su hogar y no le iba a abrir una rendijita para que fuera escapando levemente a cada discusión o a cada choque que hubiera entre ellos. Por eso procuraba siempre esquivar toda violencia y todo lo que pudiera llevarles a una discusión. Sabía bien que, en la vida matrimonial, la más pequeña querella deja su huella y que, por diminuta que ésta sea, huella tras huella puede irse labrando un curso que acabe siendo una sima infranqueable abierta entre los dos esposos. Pero Nan sabía callar a tiempo, sabía dejar siempre herméticamente cerrada la puerta a la felicidad, para que no huyera, para que estuviera siempre encerrada en su hogar y fuera ella la compañera fiel de toda su vida. Y Bill, que no sabía penetrar bien en la exquisitez llena de feminidad de su encantadora esposa, vivía feliz aceptando, sin sospecharlo, el sa-

crificio callado de Nan que vivía sólo para su hogar y que no tenía ni un día de reposo a la semana, como se concede al más ínfimo de los trabajadores.

Aquella mañana Nan estaba en la cocina preparando el desayuno para Bill, mientras éste acababa de vestirse apresuradamente para no llegar tarde a la oficina. Jennie, la sirvienta, miraba cómo la señorita batía los huevos y encendía el gas y ponía los pucheros a calentar y trajinaba de un lado a otro de la cocina, con una admirable actividad que asombraba a la chica, porque a ella no se le ocurría hacer nada de todo lo que la señorita hacía.

—Pero, Jennie, revuelve la maicena, que se va a quemar —dijo Nan mientras estaba ella preparando las frutas.

—¿Revolver qué?—preguntó la criada con su aire un poco idiotizado.

—La maicena, mujer, eso que está hirviendo en ese puchero...

—¡Ah, ah, no había entendido!

—¡Nan, Nan!—gritó Bill desde su cuarto.

—Voy en seguida, querido—replicó Nan corriendo a ver qué era lo que quería su marido.

—¿Crees que es preciso que me

afeite esta mañana?—le preguntó Bill presentándole la cara.

—¡Oh, sí, sí, querido!—sonrió Nan mientras le acariciaba la mejilla para comprobar si realmente era necesario que su marido se afeitara—. Y no puedes salir con este pantalón; mira qué rodilleras tiene... Tengo que plancharlo y quitarle algunas manchas... El traje que llevas para la oficina se pone en seguida perdido... No me gusta que vayas mal arreglado a la oficina... podrían decir que tu mujercita no sabe cuidarte.

—Bueno, cambiaré de traje, si tú quieres; pero temo llegar tarde... ¿Tienes el desayuno preparado?

—Sí, sí, mientras acabas de vestirme yo acabo de prepararlo.

—¿No tienes a la chica para que haga todas esas cosas?

—Bill, ya sabes que sólo podemos tener una criada, y esas criadas que se ponen para todo no sirven nunca para nada... Prefiero ser yo la que arregle el desayuno. Así estoy segura de que podrás comerlo.

Nan se dirigió otra vez a la cocina y Bill siguió vistiéndose rápidamente. No le gustaba llegar a la oficina con retraso. Además, el jefe tenía un genio muy vivo y Bill no gustaba de disgustarle. Quería conservar su puesto, porque aque-

llo era el pan de cada día para su esposa, para su hijito y para él. Un pan ganado con un poco de amargura, pero al fin era el cotidiano alimento.

—¿Está ya ese almuerzo?—preguntó, sentándose a la mesa y doblando el periódico que leía todas las mañanas mientras sorbía su café con leche y comía los huevos con tocino.

—Ya está, ya está en seguida—contestó Nan y, al mismo tiempo, oyendo el timbre del teléfono que llamaba con insistencia, añadió—: ¿Quieres contestar, Bill?

—No puedo, querida, voy a hacer tarde... Sírvenme el desayuno en seguida.

Nan se acercó al teléfono y contestó, haciendo un gesto de benevolencia hacia aquella falta de consideración de Bill. Nan sabía el afán con que Bill cumplía con sus deberes de oficinista y sabía que ese afán era por ella y se lo agradecía. ¿Cómo iba a enfadarse por el insignificante detalle de que su marido no hubiera querido contestar a la llamada telefónica? Era muy sencillo... Contestando ella estaba todo arreglado y no había que dar margen a una discusión.

—¡Aló!... Sí, soy la señora Reynolds... ¡Ah!... un momento... Oye, Bill—añadió, tapando la bocina y

hablando a su marido—. ¿No has pagado este mes el plazo de la máquina de lavar?

—No, querida, no me fué posible... Diles que lo pagaré el mes que viene.

—Oiga... pasen ustedes el miércoles próximo y se los pagaremos—dijo Nan, sin obedecer a lo que su marido le había indicado.

—¿Por qué les has dicho el miércoles? Ya sabes que no es tan fácil reunir esa cantidad en tan pocos días... Mi sueldo es tan ínfimo para las muchas necesidades de la vida...

—No te preocupes... yo lo arreglaré. Hemos de pagar esa máquina que me ahorra mucho trabajo... Eso son cosas mías y tú no has de preocuparte con ellas.

—Bien, bien... pero, francamente, no sé cómo puedes arreglártelas con tan poco dinero.

—Francamente... yo, a veces, tampoco lo sé... Pero es que las mujeres tenemos el instinto de la economía y la inspiración de las finanzas. Todos los países deberían dejar en manos de las mujeres el complicado asunto de su economía; te aseguro que en pocos años se habrían pagado todas las deudas exteriores... y aun las interiores—dijo Nan riendo con una suave risa de placer.

—¿Y Buddy? ¿Dónde está Buddy?—preguntó Bill mientras comenzaba a tomar el desayuno.

—No sé... debería estar aquí... ¿Ha visto a Buddy, Jennie?—preguntó a la criada.

—Sí, señorita, está abajo, en el sótano.

—¿Y qué hace en el sótano? ¡Buddy!... ¡Buddy! —llamó Nan yendo hasta la puerta que conducía a los sótanos de la casa.

—Aquí estoy, mamá—respondió una voccecita de niño desde lo más profundo de la bodega.

—Sube, sube en seguida, mi vida. ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Ah... debí figurármelo! —exclamó Nan al ver aparecer a su hijito junto a un perro—. ¡Otro perro callejero! ¿No te he dicho muchas veces que no debes traer a casa a todos los perros que encuentres abandonados en la calle?

—Pero... es que tenía hambre... y es un perro muy bonito—replicó el nene haciendo un delicioso mohín.

—No lo dudo, pero, de todos modos, vas a llevarlo otra vez a la calle.

—¡Oh, mamá, déjame quedar con este perro!—suplicó Buddy con mimo.

—¿Por qué no vas a dejar que el niño se quede con ese perro?—

arguyó Bill que miraba complacido al niño—. No es tan feo para echarlo de casa...

—Mamita... di que sí...—suplicó acentuando más el mimo el pequeño Buddy al ver que su padre se ponía a su favor.

—Mamita... di que sí...—dijo a su vez Bill mirando a su mujer con una inefable sonrisa de cariño.

—¡Dos contra una!... ¡Estoy vencida!—rió Nan besando al niño—. Quédate con el perro, pero vete a lavar la carita... ¡te has puesto como un carbonero!

—Pero si ya me he lavado al levantarme — murmuró el niño al que no le gustaban mucho los chapuzones en el agua.

—No repliques a mamá, mi vida... Anda, a lavarte.

El chiquillo se alejó no de muy buena gana y Nan sonrió viéndole partir, mientras decía a su esposo:

—¡Es un chiquillo encantador!

—Sí, y has hecho bien en dejarle quedar con el perro... Todos los niños deberían tener un perro... Cuando yo era chico...

—¡Pero si ya me has contado la historia centenares de veces, Bill!...

—Tienes razón; siempre vuelvo a lo mismo... Oye, ¿no has hecho arreglar todavía ese grifo que go-

tea? Me pone nervioso el ruido de la gota de agua, acompasado y monótono — dijo Bill al escuchar aquel ruido que venía del cuarto de baño.

—Me prometiste que traerías un caucho para arreglarlo.

—Yo no tengo tiempo de ocuparme de esas cosas, Nan. Estoy todo el día en la oficina trabajando sin descanso, preocupado con mil detalles que yo no he de atender. La casa es tu feudo y tú debes ocuparte de ella.

—Bien, mandaré a llamar al lampista para que lo arregle.

Bill terminó rápidamente su desayuno y se levantó para marcharse cuando Buddy llegaba al comedor, seguido de su perro.

—¿Puede desayunar conmigo el perrito?—preguntó.

—No, hijo, no. El perro desayunará en el patio. No podemos acostumbrarlo mal. Hay que educarle bien desde el primer día, como a los niños.

Buddy se sentó en su silla apesadumbrado, pero los besos que le dió su padre antes de partir le disiparon el disgusto. Bill besó a su mujer después de haber besado a su hijo y partió para la oficina. Faltaba un cuarto de hora para que fuera la de entrada y tenía que recorrer aún un buen trayecto antes

de llegar a ella. Bill marchó a buen paso, con ansia de llegar puntual a la oficina para que el director no tuviera nada que decir de él, no tuviera queja, no tuviera motivos para reñirle y para humillarle, como hacía con tanta frecuencia.

Nan volvió a sus ocupaciones mientras el niño se divertía en el patio con su perro y sus juguetes. En vano llegó su cuñada Dora, que vivía en la casa vecina y que tenía un carácter completamente opuesto al de Nan, arreglada y dispuesta para salir a la calle y la invitó a que la acompañara.

—¿Pero dónde vas, tan temprano? —le preguntó Nan, besándola tiernamente.

—Hoy es sábado, día de dinero porque el marido traerá a casa el sueldo. Voy a gastarme el dinero, querida. Voy de compras. ¿No vas a venir conmigo?

—Imposible. Tengo que hacer mil cosas aún. Mañana es domingo y la casa ha de estar limpia y arreglada. Ya sabes que yo he de atender a todo. El servicio de hoy día no sirve para nada y si el ama de casa se descuida...

—¡Oh, te ocupas demasiado de la casa!

—No soy como tú, Dora. Tú eres feliz a tu modo; yo no podría

serlo si no fuera esclava de mi hogar. Ahora voy a terminar este pastel y luego saldré a hacer la compra para mañana. ¿Qué podría hacer mañana para comer?—preguntó Nan preocupada por aquella idea diaria de la comida.

—Hija, yo le doy a mi marido fiambres todos los domingos. El domingo es día de descanso y no voy a estar trabajando para él. Compró jamón, *foie gras*, una ensalada rusa, y se acabó. Y a mi marido le gusta mucho... bueno, si no le gusta, por lo menos se lo come. Desengáñate, querida, cuanto peor trates a tu marido tanto más te que-rrá él.

—Tus teorías son muy originales, Dora, pero yo seguiré las mías. Compraré una pierna de cordero y la haré asada. No me parecería domingo si no comíamos una buena pierna de cordero, porque los pollos están ahora tan caros que no hay que pensar en ellos y el cordero está todavía a nuestro alcance.

—Si comprabas unos fiambres te saldría más barato y no tendrías que guisar—arguyó Dora que procuraba trabajar en casa lo menos posible y que gustaba, en cambio, de charlar fuera de ella todo lo que podía.

—Señora Reynolds, creo que ha-

ce usted muy bien guisando una pata de carnero. Nada hay tan exquisito como una pata de carnero asada. Yo, en mi casa, como carnero todos los domingos—interrumpió un hombre que acababa de llegar, hablando familiarmente a Nan.

—¡Qué interesante! —murmuró Dora burlándose del operario.

—Bueno, mire, hace dos días vino usted a arreglar este grifo y si-gue escapándose el agua. Si no lo arregla bien me verá obligada a llamar a otro lampista—dijo Nan al hombre, cortándole la palabra porque sabía que era casi tan hablador como su cuñada Dora.

—¡Ah, ah, ah!... Ya veo lo que tiene, le prometo que esta vez quedará perfectamente arreglado.

—Lo mismo dijo usted la otra vez y no ha durado el arreglo ni veinticuatro horas.

El hombre compuso el grifo como Dios le dió a entender, porque nunca había podido comprender por qué los grifos tenían aquel decidido empeño de dejar escapar gota a gota el agua que estaban destinados a contener. Tras una breve operación reclamó a Nan dos dólares por la compostura, diciendo que sus estudios, sus años de práctica, el dinero que había gastado en su enseñanza y las necesidades

de la vida actual le obligaban a cobrar un poco caros sus servicios. Luego que hubo lanzado su discurso se despidió y salió, seguido por la mirada de las dos señoras en la que había un chispazo de burla.

—Nan, acabo de comprender que he sufrido un gran error en mi vida—dijo Dora poniéndose cómicamente seria.

—¿Por qué?—preguntó Nan, no comprendiendo lo que su cuñada quería decirle.

—Porque debí casarme con un lampista...

—¡Oh, no desesperes!... Con el divorcio todo se soluciona fácilmente—rió Nan, siguiendo el humor de Dora.

—Me fastidia la vida de ama de casa... y no quiero hacer una nueva prueba. Mira, esta mañana quería que mi marido lavara los platos antes de marcharse a la oficina, pero no le ha dado la gana de hacerlo. ¡Es insoportable!... Lincoln se preocupó mucho de dar la libertad a los esclavos, pero ningún gran hombre se ha preocupado nunca de dar la libertad a las amas de casa...

—Lo que prueba que todos los grandes hombres han tenido un gran sentido común.

—Nan, tú no puedes comprenderme. Adiós. Me voy de compras

que es una de las ocupaciones que más me gustan.

—Bueno, pero no vayas a gastarte todo el dinero en una sola tienda.

—No temas, querida, porque es muy fácil que no me gaste ni un centavo... Lo que me gusta es *ir de compras*, que no es lo mismo que comprar...

Dora salió y Nan se quedó riendo de aquella mujer tan original en su modo de pensar y que, sin embargo, había sabido encontrar la felicidad dentro de un hogar del que no se ocupaba nunca.

Nan siguió con sus ocupaciones caseras. Dió a Jennie diversas órdenes. Vigiló la marcha de la limpieza de la casa. Estuvo trajinando en la cocina toda la mañana. Corrió al lavadero. Subió a los dormitorios. Bajó a los sótanos. No hubo rincón que ella no visitara ni altílo que no sufriera su minuciosa investigación. Tuvo que reñir a Buddy porque había roto la lámpara de la radio de Bill, del nuevo aparato que habían comprado y del que sólo habían pagado dos plazos. Luego corrió a ver qué era lo que Jennie había hecho en la cocina, porque también llegaron a sus oídos los ecos de algo que se había roto al estrellarse contra el

suelo. Pero el timbre de la puerta la detuvo y fué a abrir.

—Usted perdón—dijo una señora presentándose a Nan—. ¿Está en casa la señora Reynolds?

—Soy yo misma. ¿Qué desea?

—Estoy encargada de recoger inscripciones para la votación. ¿Está usted ya inscrita en el censo electoral?

—¡Oh, no, creo que no!

—¿Quiere que la inscriba?

—Sí, sí, puede hacerlo.

La señora escribió el nombre y la dirección de Nan en la gran libreta que llevaba y luego le preguntó:

—¿Profesión?

—Solamente ama de casa —replicó Nan riendo feliz.

—Ama de casa—inscribió la dama, saludando y alejándose.

El ama de casa cerró la puerta y marchó ligera a seguir con aquella ocupación que no tenía su día de reposo, ni sus horas reglamentarias, ni su sueldo tarifado; en la que no había escalafones ni esperanzas de ascenso: ocupación en la que ningún legislador, por muy socialista que fuera, podría lanzar un reglamento que fuera alivio de aquellas abnegadas mujercitas dadas por entero al hogar y esclavas de un deber que pocos, muy pocos saben comprender y apreciar.

* * *

William Reynolds llegó a la hora en punto a su oficina. Era el jefe de sección y tenía que dar ejemplo. Además caían sobre él las culpas de todos sus subordinados, de las que el director le hacía responsable y tenía que vigilar atentamente para no caer en responsabilidades que pudiera evitar.

Con gesto cansado se sentó ante su mesa y comprobó si ya todos habían ocupado sus puestos. Sólo faltaba Wilson, el hermano de Dora, empleado por él en aquella oficina y que se preocupaba muy poco en hacerle quedar bien y en corresponder con el cumplimiento de su deber al favor que le había dispensado.

—¿No ha venido todavía míster Wilson?—preguntó a la dactilógrafa que estaba cerca de él.

—No, señor, no le he visto... Míster Reynolds, quisiera decirle que se me ha terminado el block de taquigrafía...

—¡Oh, ya le he dicho cien veces que no me moleste con esas nimiedades! Tome dinero de la caja destinada a los gastos menores

y cómprese otro —replicó Bill de mal humor.

Le fatigaban aquellas cosas tan pequeñas, tan monótonas, tan tontas de las que tenía que ocuparse en la oficina. Le molestaba que todo vinieran a consultárselo a él, como si fuera un maestro de escuela primaria al que todos los chiquillos acuden con mil insignificantes mortificaciones. Además, estaba molesto por la tardanza de Wilson. Si el director se enteraba le diría que tenía favoritismos por él que era pariente suyo y que en la oficina todos habían de ser iguales, porque todos eran empleados pagados por un mismo amo. Bill estaba de mal humor y preocupado cuando entró Wilson con su despreocupación y su tranquilidad más enervantes aún para Bill, que era esclavo de su deber.

—¡Hola, amigos! ¡Buenos días! —dijo, saludando a todos en general con una franca sonrisa. Y luego, dirigiéndose a su cuñado, añadió: ¿Y tú, jefe, cómo estás?

—Jorge, creo que te habrás dado cuenta de que llegas con me-

dia hora de retraso —le contestó Bill.

Jorge consultó el reloj y protestó:

—¡No es media hora, jefe, que son únicamente veintinueve minutos!

—No me gustan esas bromas, Jorge. Te hablo con toda seriedad; me estás poniendo en un serio compromiso y, aunque ya sabes que no me gusta quejarme de nadie, tendré que decirle al director que tome una resolución contigo, porque eres el mal ejemplo de todo el personal... No quisiera llegar a ese extremo, porque eres el hermano de Nan, pero si sigues así no tendré más remedio que presentar mi queja.

—Como quieras, querido—replicó Jorge con absoluta despreocupación—, para eso eres el jefe.

Bill se levantó porque acababa de llamarle el director, y entró en el despacho particular de míster Blake, del que llevaba todo el peso de aquella organización espléndida, de la agencia de negocios de más importancia de toda la ciudad.

—Buenos días, Reynolds —dijo Blake, masticando un puro y sin levantar los ojos hasta su empleado—. Mi viaje a Nueva York ha sido un éxito rotundo. He conseguido el contrato de Duprey, el fa-

bricante de productos de tocador, para hacer toda la propaganda. ¡Bonito contrato! Esto nos va a reportar unas cuantos miles de dólares al año. Anote usted el contrato en el libro registro y luego hágalo saber a nuestros competidores Burton-Burgues y Osborne. Ellos querían quitarme a mí a ese cliente... ¡pero yo he triunfado!... También he conseguido *birlarles* a la dibujante de anuncios, a Patricia Berkeley, una muchacha con muy grandes ideas y con un arte inimitable para reproducirlas. Llegará el lunes. ¿Hay alguna oficina para ella?

—Sí, señor, hay la oficina pequeña del final del corredor—contestó Bill humildemente.

—¿La oficina pequeña? ¡No, señor! ¿Qué se ha creído usted que es esa señorita? ¿Una mecanógrafa? Patricia Berkeley cobra veinticinco mil dólares al año.

—¿Veinticinco mil?... —repitió Bill pensando en su sueldo ínfimo y comparándolo con el de la privilegiada mujer de que le estaban hablando.

—Sí... y no podemos tratarla como a un simple empleado. Que se traslade Tomás a la oficina pequeña y arreglaremos para ella la habitación de Tomás. Compre nuevos muebles y arréglela con coquetería

y gusto. No olvide ningún detalle.

—Sí, señor.

—¿Qué trae aquí?

—Es la hoja de entrada firmada por los empleados. Debo hacerle notar que algunos llegan con mucho retraso...—insinuó tímidamente Bill.

—¡Déjeme en paz con esas nimiedades! Eso es cosa suya y entiéndase usted con ellos. Para eso le pago—replicó Blake en un tono que no permitía réplica, en un tono cortante y autoritario que hizo bajar a Bill la cabeza.

En aquel momento introdujeron en el despacho a un caballero, anunciándole con el nombre de Paul Duprey. Blake se puso en pie, cambió de actitud, dulcificó el semblante, dejó de morder el puro para poder sonreír con amabilidad y servilismo y dijo al recién llegado:

—¡Oh, Paul, bienvenido!... ¿Ha llegado usted por avión o ha venido en el ferrocarril?

—He venido en avión. Hemos de ultimar los detalles de nuestro contrato y quiero presenciar las primeras pruebas de publicidad de mis productos—contestó Duprey, estrechando la mano de Blake y sin fijar la atención en el empleado que se mantenía respetuosamente a po-

ca distancia en espera de las órdenes de su jefe.

—Haga el favor de sentarse.

¿Un cigarro?—dijo Blake, ofreciéndole abierta la caja de los puros. Y fijándose en Reynolds que movía nerviosamente entre sus manos la hoja de entrada, añadió: ¡Ah, le presento a Reynolds, jefe del personal!...

Duprey saludó con indiferencia al empleado y siguió escuchando las frases de Blake, que le decía con entusiasmo:

—Tengo ya planeada toda la campaña de propaganda para su nueva crema facial.

—Será mucho si conseguimos hacer pagar a las mujeres cinco dólares por cada tarro.

—Los pagarán, los pagarán... ¡Larmes des Anges! El título no puede ser más sugestivo. ¡Lágrimas de los ángeles!... El solo se hace casi la propaganda. Y dígame, Paul, en confianza, ¿su producto es excelente?

Paul Duprey soltó una franca carcajada y Bill oyó con asombro como decía, tranquilamente:

—Está hecho con grasa de cordero... la grasa más fina de los corderos más escogidos de todo el país... ¡Pero las mujeres son tan ingenuas!... Cuanto más caro se les

cobra un producto tanto mejor lo creen ellas...

Reynolds salió de la oficina del director anclado. No podía comprender que para negociar tuviera que abusarse de la buena fe del público. No podía admitir el engaño, el fraude casi a que tenía que dedicarse el llamado *buen comerciante*. Y, por otra parte, no podía seguir soportando la situación en que él se encontraba, humillado siempre por el director, burlado por los empleados, puesto en la alternativa de indisponerse con el primero si desatendía sus obligaciones para con los segundos, o de crearse antipatías entre ellos si quería llevar hasta el extremo su deber de jefe de personal. Se sentó ante su mesa, cruzó las manos sobre ella y se quedó absorto en una meditación que no concretaba en nada, pero que era un cúmulo de diversos y encontrados sentimientos.

Su cuñado le sacó de su abstracción, preguntándole con aquella tranquilidad que le envidiaba:

—¿Qué?... ¿Se ha enfadado mucho el director por mi tardanza?... ¿Me pone de patitas en la calle?

—Se ha enfadado mucho... pero yo he procurado apaciguarlo—contestó Bill en un tono que llamó la atención de Jorge.

—¿Qué te pasa, Bill?... Te veo

muy preocupado... ¿Te ha reñido Blake por culpa mía?

—Blake me riñe siempre por todo y por todos—contestó Bill dando un golpe en la mesa y reaccionando con esa reacción súbita y enfurecida de los tímidos, de los humildes, de los que nunca se han sublevado—. ¡Cuántas veces siento el ansia de romperle la cara! Se cree un dios porque tiene este negocio y trata a sus empleados como cucarachas inmundas. ¡Estoy harto de soportar sus malos tratos! ¡Cualquier día me va a oír!

—Así me gusta verte, Bill. Así es cómo habla un hombre—dijo Jorge, felicitando a su cuñado al que nunca hubiera creído capaz de tamaño arranque.

—¡No tengo miedo de Blake ni de cien mil Blakes que se me pusieran delante!

Jorge miró a su cuñado con asombro y los dos se pusieron a trabajar. Bill tenía en el alma prendida la chispa de una determinación, pero faltaba que viniera el soplo de gracia a convertir en hoguera encendida aquella chispita demasiado débil aún para sacarle de la mediocridad en que se había sumido por su falta de carácter y de energía.

Nan no supo ver aún aquella nueva luz que había brotado en el

alma de su marido al contacto con la brutalidad de todos los días. Ocupada como estaba con sus quehaceres domésticos y con el cuidado del niño, y acostumbrada a la absoluta pasividad de Bill, no podía descubrir lo que apenas era notado por el mismo Bill. Nan estaba contenta con su suerte, porque amaba a Bill y porque se sabía honda y tiernamente amada por el hombre que la había hecho suya, por el padre de su hijo, por su esposo bueno y dulce y tierno, acaso excesivamente, porque quizá eran aquellas cualidades las que le quitaban el empuje necesario para abrirse paso en la vida.

Nan volvía de la escuela con el niño. Había llevado al pequeño a la iglesia, a la lección dominical de catecismo y regresaba contenta, porque el pequeño Buddy había sabido perfectamente su lección. Al entrar en casa encontró a su marido leyendo el periódico, se acercó a él, le besó en la frente y le dio una larga mirada de ternura en la que estaba reflejada toda la belleza de su alma enamorada. La radio, que Bill había abierto para que le acompañara en su soledad mientras Nan estaba fuera de casa, dejó escuchar los sonidos de una melodía suave y dulce que evocó recuerdos pasados en los dos es-

posos. Se miraron de nuevo y sonrieron los dos a un tiempo. Nan se sentó en el brazo del sillón en que estaba su marido, le pasó el brazo alrededor del cuello y le preguntó, juntando a la suya su cara suave:

—¿Te acuerdas, Bill?

—Sí, mi vida... Esta música nos evocará siempre nuestra luna de miel.

—Sí... La orquesta italiana del hotel la tocaba todos los días a la hora del almuerzo. ¿Te acuerdas?... ¡Iban vestidos con unas chaquetas verdes con galones dorados de un efecto muy decorativo... ¿Te acuerdas?

Nan decía con dulzura aquel "¿te acuerdas?" que encerraba tan bellos y tan hondos recuerdos y miraba a lo infinito como si creyera ver allí reflejados aquellos días tan hermosos, tan incomparablemente hermosos de su luna de miel, aquellos días en que no habían chocado aún con la realidad, en que todo era ensueño y promesas de un porvenir venturoso y brillante.

—Nunca podré olvidar aquellos días, Nan—murmuró Bill dejándose también arrebatar por la evocación de la música.

—¡Qué noches tan bellas!... La playa frente al hotel, con el mar en calma; la música sonando es-

condida entre las plantas del jardín; la mesita apartada, en un rincón de la terraza, con la discreta luz apagada por la pantalla... y nosotros dos, solos en medio de la multitud, en esa deliciosa e infinita soledad de dos almas que se quieren.

Nan había acercado todavía más su rostro al de su marido y Bill, arrastrado por las palabras de Nan, entornó los ojos y la besó con pasión en los labios. En aquel momento era como si los besara por primera vez, como si por primera vez tomara la dulzura cálida de aquellos labios que se le ofrecían sin reservas, como se le habían ofrecido hacía cinco años por primera vez, con el candor sabio de una mujer muy mujer, muy honesta y al mismo tiempo muy enamorada.

Así les sorprendieron Jorge y Dora que llegaban y que habían entrado en la casa sin anunciarse, porque habían encontrado la puerta abierta.

—¡Hola, tortolitos! —exclamó Dora con aquel desgarró que adoptaba siempre y que era una característica muy suya—. ¿Cuándo se va a eclipsar vuestra luna de miel?

—Creo que nunca, querida; yo, por mi parte, haré cuanto esté en mi mano para que sea siempre,

siempre luna llena —replicó Nan riendo y saludando a su cuñada afectuosamente.

—Me alegro... Pero hemos venido a daros una buena noticia... Jorge...

—Déjame decir a mí, mujer, que nunca me dejas hablar—interrumpió Jorge con mal humor.

—Bueno, dílo tú si quieres.

—¿Pero qué es todo este misterio? ¿Queréis hablar pronto?—dijo Bill mirando a Jorge al que envidiaba por su serenidad y su *nonchalance*.

—Te presento al primer ayudante de la emisora de radio más importante de la ciudad, contratado por la Agencia Anunciadora Seagrave para lanzar sus anuncios—dijo Jorge, cuadrándose ante Nan y Bill que le miraron atónitos—. ¿Qué os parece?

—Y le van a aumentar el sueldo en veinte dólares semanales —añadió Dora para hacer resaltar mejor las ventajas de la nueva situación de su marido.

—¡Magnífico!—exclamó Nan.

—¡Veinte dólares a la semana! —murmuró para sí mismo Bill, quedándose pensativo—. Esto es un aumento que puede tenerse en consideración.

—¡Y tanto si merece consideración!... ¡Consideración y respeto,

mi querido Bill!... Esta semana he llegado a la oficina todos los días con media hora o más de retraso, y tú creías sin duda que estaba en la peluquería haciéndome la permanente... ¿no?... ¡Pues no, señor! Estaba buscando un empleo mejor, un empleo que me diera menos trabajo y más dinero, un empleo que me permitiera vivir con más desahogo. Creo que lo he conseguido... Y ahora no me podrás negar que tengo personalidad. ¡Hay que prosperar, Bill, hay que prosperar!

Bill no contestó nada. Nan felicitó a su hermano con sincera alegría, y felicitó a Dora, que tenía ansia por ir a comunicar la buena nueva a todas sus amistades. Nan les acompañó hasta la puerta repitiendo su felicitación cordial y entusiasta y luego volvió al lado de Bill. La miró éste con profundo desaliento, y murmuró como hablando consigo mismo:

—¡Veinte dólares más a la semana! Son casi cien dólares más al mes... Y no es porque Jorge tenga más talento que yo, ni más iniciativa... Es la suerte que acompaña a las personas o que les vuelve definitivamente la espalda... esa es toda la explicación.

—No, Bill, no es sólo la suerte; es también la confianza en sí mismo, el ansia de mejorar de situa-

ción, la seguridad del propio valer lo que empuja y lo que hace triunfar en la vida—dijo Nan con acento firme a su marido—. Jorge no tiene ni la cuarta parte de tu talento y vale muchísimo menos que tú. Ya ves que puedo juzgarle, porque es mi hermano. Lo que ocurre es que él no teme a probar una nueva situación y tú, en cambio, tienes miedo de perder una cosa segura para aventurarte en una empresa problemática. Te has acostumbrado a vivir de tu sueldo. No has tenido ni un solo aumento en cinco años y tú no has sabido protestar ni imponerte.

—Nan... tengo un empleo seguro mientras hay centenares, miles de hombres que no tienen trabajo... Me da miedo dejar lo que tengo... Con mi sueldo vamos viviendo...

—¿Pero crees que es bastante eso de *ir viviendo*? —le preguntó Nan con dulzura, queriendo vencerle de que el hombre ha nacido para la lucha y no para la pasividad, de que es preciso luchar por la vida, si no, se pierde todo el gusto de vivirla, de que es necesaria un poco de ambición para que no se enmohezcan las ruedas que empujan a la humanidad—. ¿Te acuerdas, Bill, de cuando nos casamos?—siguió diciendo Nan para ver si despertaba en el alma de

su esposo las mismas ansias que sentía en la suya—. ¡Qué bellos, qué grandes planes teníamos! Ibamos a comprarnos una casa de la que ya teníamos hecho el proyecto e incluso sabíamos cómo íbamos a amueblarla... Y el viaje a Europa en la época de vacaciones... Y todo ha quedado reducido a esto—dijo, mostrando la sencillez de un hogar de alquiler—. Y no podemos olvidar que pronto será preciso llevar a Buddy a la escuela y luego a la universidad...

—¿A la universidad? Hay centenares de hombres que tienen título universitario y se mueren de hambre.

—La regla no impide que haya excepciones. Sólo los hombres que se aventuran a probar fortuna son los que pueden alcanzarla.

—Así... ¿tú crees que soy un hombre débil?—preguntó Bill sin-

tiendo que las palabras de su esposa le herían en su amor propio.

—¡Oh, no, no, querido! No quise decir esto.

—Sin embargo, ha sonado como si quisieras decirlo —replicó Bill un poco enojado, mejor dicho, dolido por lo que Nan acababa de decirle.

—Olvida lo que te he dicho, Bill... Vamos a almorzar... No quiero que estés enojado por unas palabras que no fueron pronunciadas con el ánimo de herirte... Vamos, vamos a almorzar, querido...

Nan le cogió cariñosamente del brazo, pero Bill no respondió ni a sus palabras, ni a su sonrisa, ni a su mirada. Iba con el pensamiento reconcentrado y sentía una sorda indignación, no contra su mujer, sino contra sí mismo por su falta de voluntad, por su debilidad, por su poco empuje...

* * *

Como había anunciado mister Blake, llegó a sus oficinas la célebre dibujanta de anuncios Patricia Berkeley. Era una mujer bonita, más que bonita perversa. Tenía el

pelo de un rubio mate tan pálido que a veces parecía de plata. Los ojos, de un azul verdoso, cambiantes y profundos como el mar, miraban con una mirada turbadora,

enigmática, provocativa. Todo su porte era el de una mujer que conoce bien el mundo y la vida y que marcha valientemente por ella sin importarle de obstáculos ni de asechanzas. Tenía el cuerpo flexible y bien formado. Vestía con elegancia. Su caminar firme y despreocupado, unido a su belleza hechicera, hacía que todos se volvieran a mirarla y todos sintieran una extraña turbación a su paso.

Mister Blake fué quien la recibió y el que, precediéndola, la acompañó hasta la oficina que de antemano se le había preparado. Al cruzar por otras dependencias los hombres miraron con codicia a aquella mujercita, que dejó una estela de perfume y de tentación a su paso. Mister Blake le mostró el despacho que le estaba destinado y le dijo:

—He hecho cuanto he podido para que se encontrara usted bien en mi casa.

—No está mal — replicó Pat dando una mirada general por toda la estancia—. Aunque no me preocupa mucho, porque no pienso permanecer aquí muchas horas.

—¿Cómo?...

—No se asuste... Nunca me siento tan inspirada como cuando estoy metida en la bañera—replicó, riendo, Pat.

—Entonces, si quiere que traslademos su oficina a su cuarto de baño no tiene más que indicarme...— murmuró mister Blake con una insinuación picaresca.

—No, por ahora estoy bien aquí.

—Bien... Si necesita usted algo llame usted a Bill Reynolds, el jefe del personal.

—¿Bill Reynolds? — preguntó Pat, como si aquel nombre le recordara algo—. Hace tiempo conocí a un muchacho que tenía este mismo nombre. Estudiábamos juntos en la misma universidad, aquí, en Chicago.

—¿En Chicago? No sabía que había estado usted aquí antes de ahora.

—¡Oh, he corrido mucho! — murmuró Pat dejando que su mirada se perdiera en un vago recuerdo—. Nací en el sur; pasé mucho tiempo en Illinois; vine a Chicago y luego volé a Nueva York hace cinco años...

—Y la piedra lanzada al espacio vuelve por fin a su punto de partida—concluyó mister Blake al ver que Pat no terminaba la frase.

—Me gustaría saber si ese Reynolds es el mismo que yo conocí... Estudiaba él el último curso cuando yo hacía el primero... Era alto, moreno, fuerte... Era el héroe del football de la universidad. Te-

nía robado el corazón de todas las muchachas... incluso el mío—dijo Pat riendo con una sonrisa apagada, como si aquel nombre le hubiera evocado toda una feliz época de su vida que ya no pensaba recuperar jamás—. Era un muchacho muy guapo...

—Entonces no es el mismo Reynolds—afirmó mister Blake.

—Seguramente... El Reynolds que yo conocí estará ahora explorando algún país desconocido, en las selvas vírgenes de América del Sur o acaso buscando esmeraldas en Siam... Era un hombre nacido para vivir una vida de aventura y de esplendor... No puede ser el mismo que está enterrado en una oficina...

—Bien, la dejo a usted, señorita Berkeley. Si necesita algo no deje de llamar a Reynolds. El tiene la obligación de darle cuanto usted pida.

Pat Berkeley se quedó sola. Se sentó en el sillón, frente a la gran mesa escritorio, cruzó las piernas, sacó del bolsillo de su abrigo una pitillera, tomó un pitillo y buscó con la mirada una caja de cerillas o un encendedor que la permitiera saborear el exquisito tabaco. Pero no había nada de lo que estaba buscado y, sin pararse mucho a pensar qué era lo que debía ha-

cer, llamó a la oficina del jefe del personal, por medio del dictógrafo.

—¿Qué desea?—dijo la voz de Bill desfigurada por el aparato transmisor.

—Aquí es la señorita Berkeley. En mi oficina faltan algunas cosas indispensables. ¿Hace el favor de traerme un cenicero y una caja de cerillas?

—Con mucho gusto. Yo mismo voy a llevárselo en seguida.

Pat esperó y dió permiso para entrar cuando oyó la discreta llamada en la puerta de la oficina. Al ver aparecer a Bill tuvo un relámpago de alegría en los ojos, sus labios sonrieron con una expresión inefable y exclamó con sincero asombro:

—¡Bill Reynolds!...

—¡Ruth!... ¡Ruth Smith! — exclamó a su vez Bill, reconociendo a la joven.

—Ruth Smith se acabó... ahora soy Patricia Berkeley, es un nombre más eufónico para una artista, ¿no te parece?

—¡Oh, Ruth!... Perdona, Pat... no, no, no es así como debo llamarte, sino señorita Berkeley... ¿Cómo te ha ido por el mundo?—preguntó Bill mientras le estrechaba la mano y miraba arrobado la

belleza de Pat—. ¡Qué cambiada estás, criatura!

—Muy cambiada... Y me ha ido muy bien... ¿Sabes? Descubrí que tenía cerebro y que debía usarlo... Y he aquí mi éxito... ¿Y tú?... ¿Cómo te ha ido a ti?... ¿Sigues todavía casado con Nan?

—Naturalmente. Sigo casado con Nan y la amo como siempre.

—¡Si vieras cuántas ganas tengo de volverla a ver! Eramos muy buenas amigas en la universidad.

—También ella estará muy contenta de verte... ¿Tú no estás casada? ¿No te has casado ninguna vez? —preguntó Bill.

—No —contestó Pat secamente, como queriendo poner término a aquella conversación.

—¡Ah, se me olvidaba que Nan vendrá a almorzar conmigo hoy! Ha venido a la ciudad de compras y nos encontraremos en el restaurante. Si quieres puedes verla hoy mismo.

—Perfecto... Así no almorzaré contigo, sino conmigo. ¿No te parece que será delicioso para las dos un rato de charla?

—Estoy seguro de que Nan estará encantada.

Pat trabajó aquella mañana con poca inspiración. El encuentro con Bill Reynolds le había despertado mil recuerdos en su mente y sólo

pensaba en el momento de encontrarse con Nan. Quería ver cómo cinco años de matrimonio podían haber cambiado a aquella chiquilla linda y buena, cariñosa y encantadora que había sabido conquistar el corazón del *héroe universitario*, como ella había calificado a Bill.

Se encontró con que Nan no había cambiado mucho en aquellos años. Se había hecho más mujer y estaba mucho más hermosa que cuando iban juntas a clase. Tenía los ojos muy bellos y de una expresión suave y dulce, tan dulce que cautivaba a la misma Pat, que estaba acostumbrada a sus propias miradas en las que no había dulzura, sino una llama devoradora que las hacía brillar con una luz extraña y turbadora. Nan seguía conservando aquella silueta airosa y esbelta que tantas condiscípulas le envidiaban. Sólo encontró Pat que Nan se mantenía demasiado ausente de todo lo del mundo y que vivía en un ambiente totalmente distinto a aquel en que ella había vivido.

—¿Quieres un cigarrillo? — le preguntó, después que hubieron charlado de mil cosas distintas.

—No, gracias, no fumo... Soy muy anticuada—contestó Nan sonriendo—. Ocho años separan mucho a las gentes. ¡Hace ocho años

que tú y yo no nos habíamos visto!... La última vez que estuvimos juntas fué cuando nos graduamos en la escuela superior. Entonces éramos unas niñas tontas.

—Tontas... ésta es la verdadera palabra — remarcó Pat, mirando con un poco de malicia a Nan, porque pensaba que Nan seguía siendo un poco la niña tonta que había salido de la escuela superior para casarse un año más tarde con Bill Reynolds.

—Y ahora tú eres una mujer célebre—siguió diciendo Nan con naturalidad y sencillez—. Estás aquí, instalada en el mejor hotel de la ciudad, rodeada de lujo y de comodidades. No había estado en un restaurante tan chic desde que me he casado—confesó, con su candor de niña, Nan, mientras miraba en torno suyo el esplendor un poco de pacotilla del restaurante del hotel.

—Bill no ha hecho grandes cosas en el mundo... ¿verdad? —le preguntó Pat, mirándola con una contenida curiosidad.

—Grandes cosas no, pero vivimos bien... sin demasiadas deudas... En estos tiempos ya no puede pedirse mucho más.

—Siempre hicisteis muy buena pareja los dos, Nan.

—No sé... Lo que sí sé es que me enamoré locamente de Bill.

—Es verdad... Yo también estuve un poco enamorada de él...—murmuró Pat con un leve acento de melancolía.

—¿Y fué porque yo me casé con Bill por lo que tú escapaste a Nueva York?—preguntó Nan con una curiosidad en la que no había maldad ninguna.

—Naturalmente—replicó Pat fijando sus pupilas verdosas en las obscuras de Nan.

—Muchas veces he pensado en eso y siempre sospeché que yo había sido la causa de tu escapada...

—Claro, no iba a pasear por aquí la antorcha de mi amor desdeñado —dijo Pat adoptando un tono de burla con el que quiso disimular los verdaderos sentimientos de su corazón—. Por eso recogí mi inflamado corazón y me fuí con él a Nueva York para que se refrescase, y conseguí apagar aquel fuego que parecía iba a ser inextinguible... ¿Y tú, eres feliz?

—Intensamente feliz—respondió Nan con convicción—. ¿Y tú?

—No puedo quejarme —replicó Pat encogiéndose de hombros con indiferencia, como si para ella la felicidad no tuviera ningún valor.

Las dos antiguas condiscípulas charlaron largamente de todas sus cosas. Pat habló mucho, mucho de

Bill, pero aquello no llamó la atención de Nan, que tenía confianza absoluta en su marido y que no podía creer hubiera en el mundo personas dispuestas a robar la tranquilidad de un hogar y la dicha de un corazón puro.

Cuando por la noche se encontró Nan con su marido le contó todo cuanto habían hablado con Pat. De aquella primera entrevista entre las dos amigas se había excluido a Bill, porque Pat no quiso que fuera él testigo de la conversación que habían de sostener. Quería tener absoluta libertad para interrogar a Nan y para saber así lo que a ella le interesaba saber. Bill se reía escuchando lo que su mujercita le explicaba. Pat había despertado en los dos los recuerdos de su extrema juventud, cuando tenían el alma llena de ideales y los creían todos alcanzables.

—¿Y te ha dicho que me ha encontrado demasiado grueso?—preguntó Bill mirándose al espejo y un poco preocupado por aquella apreciación.

—Sí, y tiene razón.

—¿Cómo?... ¿Tú también me encuentras demasiado grueso?

—Mira cómo se te va desarrollando el abdomen. Tendrías que hacer ejercicio, dedicarte a algún deporte.

—¡Oh, querida, después de trabajar todo el día en la oficina, con mil cosas que pesan sobre mí, ya no tengo ganas de hacer nada!—exclamó Bill anonadado por el peso del trabajo que llevaba, trabajo que no le permitía dedicarse a hacer unas horas de cultura física para conservar su juventud y su salud.

—Tienes razón y, sin embargo, no debería ser así. También Pat trabaja y trabaja intensamente y estoy segura de que dedica la mitad del día a su propia persona. ¿Has visto qué cuerpo tan bonito conserva? Hemos recordado las dos cuando eras tú el campeón de football en la universidad, tu agilidad, tu destreza, la flexibilidad de tu cuerpo...

—Bueno, bueno, querida, estoy ya fatigado de escuchar todas las opiniones de Pat. Me tiene sin cuidado lo que ella piense de mí. Mientras tú sigas queriéndome, con abdomen o sin abdomen, todo lo demás poco puede importarme.

—Yo te querré siempre, Bill, y porque te quiero me gustaría que fueras la admiración de todo el mundo —dijo Nan besándole con ternura y sentándose luego ante el tocador empezó a hacerse la toilette nocturna.

—Pat ha sido muy amable con-

migo, Bill—dijo al cabo de un rato de silencio Nan, mientras extendía por su cara una suave crema de noche—. Me ha comprado este tarro de "Larmes des Anges" y me ha dicho que era una de las mejores cremas que se hacen para el cutis.

—¿"Larmes des anges?"... ¡Déjala, que es una porquería!—exclamó Bill acordándose de las palabras que había oído en labios de su propio fabricante.

—No puede ser una porquería, porque vale cinco dólares.

—Eso es una tontería. Las mujeres creen que todo lo caro es bueno y los fabricantes saben explotar esa creencia. ¡Y tú eres como todas las mujeres!

—Entonces, si no es verdad que vale cinco dólares... ¿por qué no la cobran a diez dólares? Habría más mujeres que la comprarían creyendo que era todavía mejor y el negocio prosperaría mucho más —rió Nan, lanzando aquella idea como una bomba.

—¿Diez dólares?... ¿Sabes, querida, que esto es una gran idea? Sí, se podría hacer un frasco nuevo y decir que era una calidad *double*, o *triple*, y ponerla a diez dólares. Le voy a dar a míster Blake esta idea. Estoy seguro de que la aceptará con entusiasmo. Es un ne-

gocio, un bello negocio, Nan. Si consigo que Blake acepte esta idea y ella sale bien estoy persuadido de que me concederá un aumento de sueldo.

Bill se acostó con aquella idea y tuvo sueños de gloria pensando en ella. Si lograba introducir alguna novedad que diera resultado no podría míster Blake negarle un aumento de sueldo y reconocerle su capacidad para el negocio. Era preciso hacer algo para salir de aquella monotonía de vida en que les había hundido su falta de empuje, de aquella mediocridad de que disfrutaban gracias a un suelo ínfimo para las necesidades cada día crecientes de la vida.

En cuanto llegó a la oficina fué directamente al despacho de míster Blake y entró después de haber anunciado su presencia con unos ligeros golpes en la puerta. Blake estaba discutiendo con Pat un proyecto de anuncio. Pat, sentada sobre la mesa, le mostraba el dibujo y al mismo tiempo le sonreía y le miraba con aquellas maneras tan suyas que producían una extraña turbación en los hombres. Bill se quedó un poco desconcertado al verles juntos, pero Pat le tranquilizó dirigiéndole a él una larga mirada de complacencia.

—¡Oh, perdonen, no sabía que

estaban trabajando! — murmuró Bill, tratando de retroceder.

—No se marche, Bill—dijo Pat, deteniéndole—, hemos terminado ya.

—Ha sabido usted realizar maravillosamente la idea, miss Berkeley—dijo Blake contemplando el dibujo y admirando el arte de la muchacha—. ¿Qué desea usted, Reynolds?

—Mister Blake, he tenido una idea que creo ha de producir muy buenos resultados si usted quisiera aplicarla. Creo que sería muy lógico que ya que las mujeres pagan cinco dólares por la crema facial de Duprey, se eleve el precio a diez dólares...

—¿Qué le pasa a usted, Reynolds? ¿Ha bebido más de lo necesario?—preguntó Blake con desprecio mirando a su empleado desdenosamente al oírle pronunciar aquellas palabras que le parecían las de un loco.

—No, no, señor; he pensado seriamente en esto. Mi punto de vista es el siguiente: puede seguirse vendiendo la "Larmes des anges" a cinco dólares el tarro; pero pueden hacerse unos tarros distintos en cuya etiqueta constará que es crema de *doble fuerza*, y vender ésta a diez dólares. Las mujeres comprarán más fácilmente éstos que aque-

llos, seguras de que compran un artículo mucho mejor.

—Reynolds, váyase a su puesto y ocúpese usted de sus cosas... Nosotros nos ocuparemos de buscar ideas para engrandecer nuestro negocio... ¡Qué atrevimiento!... Un simple empleado empeñado en dar ideas a su jefe... Salga de aquí, Reynolds, y no abandone su lugar.

Bill bajó la cabeza humillado al escuchar aquellas palabras. Una reacción muy fuerte se estaba operando en su ánimo. Pat era testigo de aquella humillación y no quería Reynolds darse por vencido a los ojos de una mujercita que había mostrado tener aptitudes para llegar muy alto en la vida. Bill salió del despacho del director, entró en el suyo, tomó su sombrero y, sin pensar en la trascendencia que podía tener aquel paso, salió del edificio dispuesto a no volver más a él. No quería seguir siendo una máquina gobernada por un cerebro ajeno. Tenía él su cerebro y sus ideas y tenía juventud y fuerza para emprender él solo un negocio. Así pensaba al salir de la casa de mister Blake, pero al llegar a la suya vió ya de modo muy distinto las cosas. ¿Qué iba a hacer ahora sin empleo y sin dinero para enfrentar los primeros tiempos de un problemático negocio? ¿Qué diría

Nan de aquella resolución impremeditada que podía conducirles a la miseria?

Nan recibió la noticia con la sonrisa en los labios. Hacía tiempo que esperaba una determinación enérgica de su marido, y ésta había llegado por fin.

—¡Oh, querido, he deseado tanto, tanto que te decidieras a dar el gran paso!—exclamó Nan abrazándole.

—¿Qué gran paso? —preguntó Bill que no comprendía las palabras de su mujer.

—El que acabas de dar: dejar el empleo para emprender tú, por tu cuenta, algo que te haga salir triunfante de la vida. Un empleo no puede ser nunca un fin para un hombre enérgico. Puede ser un medio, sí, pero ha de salirse pronto de él para emprender el camino de la meta a la que todo hombre debe aspirar. Tú conoces a fondo el negocio del anuncio y puedes poner una agencia por tu riesgo y cuenta y puedes competir con mister Blake y puedes vencerle, si quieres—le dijo Nan con entusiasmo.

—Pero una agencia de anuncios requiere algo más que un cerebro despejado.

—Requiere energía y decisión—añadió Nan.

—¡Y mucho dinero!—murmuró Bill con desaliento.

Nan sonrió, hizo un ligero movimiento de cabeza, fué hasta la chimenea, sobre la cual había una magnífica figura de bronce, la levantó con cuidado y sacó de debajo de ella un sobre que alargó a Bill sin decir palabra. Bill lo tomó sorprendido, lo abrió y encontró un paquetito de billetes que contó con detenimiento.

—¡Mil setecientos cuarenta y dos dólares!—exclamó Bill mirando a su mujer con admiración.

—Y treinta y cinco céntimos—añadió ella haciendo una reverencia.

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—De mis ahorros... Comprando en tiendas baratas, haciéndome yo misma mis trajes y dándote todos los domingos una pierna de carne-ro para no comprar pollo ni filete que son demasiado caros—explicó Nan con naturalidad.

—Eres encantadora, Nan.

—Este dinero nos permite vivir seis meses sin apuros y, entretanto, tú puedes ponerte a trabajar con ahinco y verás cómo salimos de este ambiente que te estaba enervando.

—¡Me gustaría tanto poder dar-

le una lección a ese injusto Blake!
—suspiró Bill.

—Se la daremos—corrigió Nan,
—porque no vas a ser tú solo el
que trabaje. Yo estoy dispuesta a
ayudarte en todo y estoy segura de
que en poco tiempo competiremos
ventajosamente con Blake.

Los dos esposos se abrazaron y
sellaron con un beso aquel contra-
to comercial que no necesitaba ni
de firmas, ni de protocolos, ni de
legalizaciones notariales, porque lo
sellaban el amor y la mutua confian-
za, el mejor sello de garantía que
podían ellos ofrecerse.

* * *

Puso una sencilla oficina, amue-
blada y cuidada por Nan, y en ella
se veían las manos de la mujer
amante que sabe poner en todo el
inconfundible sello de su ternura.
Pero la clientela no llegaba con la
rapidez con que habían soñado los
esposos Reynolds. Nan era la que
daba ánimos a Bill. Este comenza-
ba a desesperarse y a sentir la la-
situd de la lucha inútil. Si se hu-
biera dejado llevar por su tempe-
ramento y su carácter hubiera ido
de nuevo a llamar a las puertas
de mister Blake, humillándose y
aceptando otra vez el empleo, aun-
que fuera a costa de perder unos
dólares semanales en el sueldo.
Bill no tenía el carácter empre-
ndedor. Pero lo tenía Nan y en el
matrimonio es siempre la mujer la

que impone en todo su criterio y
la que impulsa la marcha del ho-
gar. Nan era la que sostenía las de-
bilitadas fuerzas morales de Bill y
la que conseguía que éste no se
diera por vencido en un espacio de
tiempo relativamente corto.

Un día Nan fué a la oficina de
Bill a buscarle. Antes de entrar en
ella preguntó a la mecanógrafa, que
era casi una amiga para Nan y pa-
ra Bill:

—¿Está ocupado mi marido?

—¿Ocupado?... ¡Hace una hora
y media que trata de convencer a
Kruger, el fabricante de salchicho-
nes, y creo que ha gastado ya toda
su elocuencia sin convencerle!—ex-
clamó la mecanógrafa desalentada
también por la falta de trabajo que
había en aquella agencia.

Nan se acercó a la puerta y es-
cuchó. La voz de Bill llegaba cla-
ramente hasta ella y la del cliente
también:

—Mister Kruger, le prometo...
no, mejor dicho, le garantizo que
con mi sistema anunciador sus sal-
chichones alcanzarán una fama in-
igualable en todos los Estados y se-
rán los más apreciados por las
amas de casa.

—Promesas... garantías; garan-
tías... promesas... Estas eran las
mismas palabras que me decía mis-
ter Blake, y su campaña anuncia-
dora no obtuvo ningún resultado.
Palabras, palabras, palabras...

—Lo que yo le ofrezco no son
palabras, mister Kruger, son he-
chos. Nosotros trabajamos con la
mirada fija en los resultados prác-
ticos de nuestros anuncios. Denos
usted ocasión de demostrárselo. Si
no me concede usted un crédito mal
podré yo convencerle prácticamen-
te de la razón de mis palabras.
¿Quiere otro cigarro? —preguntó
Bill ofreciendo la caja abierta de
los aromáticos habanos que tenía
para la clientela y que él se con-
tentaba con oler sensualmente para
calmar sus ansias de fumarlos.

—¡Oh, gracias, pero es ya el
quinto que me fumo y voy a tener
una indigestión de humo!—rió mis-

ter Kruger, aceptando el cigarro y
encendiéndolo.

—Bien, ¿qué decide? —pregun-
tó Bill creyendo que después del
quinto cigarro le sería fácil obte-
ner el asentimiento de aquel cien-
te difícil.

—No sé, no sé... Si no hubiera
fumado tantos cigarros me sería
más fácil decir que no—murmuró
el cliente mientras lanzaba al aire
unas bocanadas de humo que Bill
aspiró abriendo mucho las aletas de
su nariz.

—Mister Kruger, usted es un
hombre inteligente y usted es el me-
jor fabricante de salchichón de to-
do el país. Y en su producto hay
una fuente de inspiración... La mú-
sica clásica inspira a los grandes
virtuosos... Una puesta de sol es-
plendorosa inspira al artista del pin-
cel. Y los salchichones fabricados
por Kruger inspirarán al artista del
anuncio William Reynolds, para
hacer una propaganda grande, efi-
ciente, magnífica, que induzca a los
cientos veinticinco millones de habi-
tantes de nuestro país a no consu-
mir más salchichón que el produci-
do por Kruger.

—Sí, sí, sus palabras son muy
bonitas, pero no acabo de fiarme
del posible resultado de sus anun-
cios—murmuró Kruger que no se
dejaba convencer fácilmente.

El timbre del teléfono interrumpió la conversación de los dos hombres. Bill contestó a la llamada y escuchó con sorpresa la voz de su mujer que le decía:

—Aquí es la Compañía Salchichera Schnitzer.

—¿Qué?... — preguntó Bill sin comprender—. ¿Cómo?...

—Soy yo, Bill, soy yo, pero haz ver que hablas con Schnitzer... Hay que convencer a Kruger... ¿Entiendes?

—¡Ah, ah, Schnitzer!—exclamó Bill comprendiendo en el acto la estratagema de Nan—. ¿Qué desea?... ¿Una entrevista conmigo?... ¡Ah, bien!... Sí, podemos tratar de los anuncios si a usted le interesa... Pero ahora no me es posible, porque estoy muy ocupado... Bien, mañana, quizá mañana pueda atenderle...

—Un momento, un momento, mister Reynolds — interrumpió Kruger que había escuchado con terror el nombre de su más encarnizado competidor—. No conceda a Schnitzer ninguna entrevista... se lo suplico...

—Pero... es que me ofrece cinco mil dólares para anuncios—contestó Bill, tapando la bocina del receptor y con mucho misterio.

—¡Cinco mil!... ¡No le conteste, no le conteste!... Cuelgue el apa-

rato... Lo que Schnitzer quiere es arruinarme a mí... Cerraré el trato con usted a condición de que no conceda a Schnitzer la entrevista que le solicita—dijo Kruger, apremiando a Reynolds.

—Pero, no sé si debo... Eso es una descortesía que puede perjudicarme...

—Yo le indemnizaré de ella...

—Bien, sea como usted quiere... ¡Aló, aló, Mr. Schnitzer!... Siento mucho no poder complacerle por el momento... Estoy muy ocupado... Le llamaré cuando tenga un momento libre.

Bill oyó como su mujer le decía muy bajito:

—Enhorabuena, querido.

Y colgó el aparato, orgulloso de aquella mujercita inteligente y buena, que acababa de hacer caer la balanza del lado que a ellos más les convenía.

—¡Ah...! —suspiró Kruger sintiéndose aliviado—. ¡Ese imbécil de Schnitzer quería arruinarme, pero seré yo quien le arruine a él! Hemos de hacer una campaña anunciadora como jamás se haya visto otra igual. ¡Así le enseñaré yo cómo debe anunciarse!

—¡Muy bien, Mr. Kruger! En este terreno me gusta verle a usted.

—Pero... yo no sé si querrá usted aceptar un contrato como el

mío... Yo no puedo ofrecerle la cantidad que le ofrecía Schnitzer.

—Mr. Kruger, no olvide usted que las grandes encinas nacen de las pequeñas bellotas. Y un contrato pequeño puede llevarnos a la cima de la celebridad.

—Muy bien, muy bien, Mr. Reynolds. Sus palabras son poéticas. Tengo confianza en usted.

—Mañana mismo tendrá el contrato hecho. Se lo mandaré a su casa para que lo firme.

—Es preciso que vencamos a Schnitzer. Este es todo mi empeño.

—Lo conseguiremos, Mr. Kruger, lo conseguiremos—replicó Bill con confianza, aunque no sabía bien qué era lo que podría hacer para vencer al competidor de Kruger.

Kruger salió del despacho de Reynolds y Bill se pasó una mano por la frente. Le había costado dos horas de trabajo y seis puros vencer a aquel salchichero y estaba seguro de que sin la oportuna intervención de su mujer nada hubiera conseguido. Era el primer contrato serio que firmaría. Era el primer paso en firme que daba desde que tenía la agencia. Y aquello, como todo, lo debía a Nan, a la deliciosa Nan que a todo atendía y para todo encontraba una solución favorable y buena.

Bill se sintió contento y abrazó a su mujer cuando ésta entró feliz y satisfecha de la obra que había realizado en pro de su marido.

—¡Oh, querida, qué lata me ha dado ese hombre! ¡Si no llega a ser por ti!

—¿Qué, no hubiera firmado el contrato?

—Estoy seguro de que no lo hubiera firmado. Sólo el miedo a que su competidor fuera más fuerte que él le ha hecho decidirse.

—¡Bravo! Es nuestro primer triunfo. Te felicito, socio—dijo Nan riéndose y estrechando la mano de su marido como un buen camarada.

Pero no caían todos los días clientes como Kruger. Pasaron las semanas y pasaron los meses. Hacía ya seis que habían empezado aquel negocio y la cosa no marchaba como ellos habían soñado al principio. La clientela no respondía a las ansias de los dos esposos y aunque Nan no perdía la esperanza, Bill empezaba a impacientarse por aquella forzada inmovilidad de su negocio. Su humor se puso negro y sentía que le iban faltando las fuerzas para seguir adelante.

—Voy a fracasar — decía a su mujer.

—Vamos a triunfar—le contestaba Nan indefectiblemente, porque

era una mujer animosa que no se dejaba vencer por las primeras caídas. Estaba convencida de que el triunfo quería lucha y que sin ésta no podía obtenerse aquél.

—¡A triunfar!... ¡Hace seis meses que pusimos el negocio y no hacemos nada que merezca la pena de ser mencionado!

—Apenas estamos empezando. ¿Querías alcanzar el triunfo en un instante?

—¡Si llamas instante a seis meses largos y terribles!

—No se ganó Zamora en una hora... Hay que ser valiente y no dejarse desalentar.

—Creo que nuestra situación no es para estar muy animado. Lo debemos todo, o casi todo. Hemos de desengañarnos. La Agencia de Anuncios Reynolds ha fracasado... Si me atreviera iría a pedirle a Blake mi antiguo empleo. Entonces vivíamos tranquilos de mi sueldo. Ahora no sabemos si mañana podremos seguir viviendo.

—Bill, no debes hacer eso... ¡Pedir otra vez el empleo! ¡No! Has de luchar y has de triunfar. ¿No me has dicho que Duprey, el fabricante de crema para la cara, está otra vez aquí?

—Sí; llegó hace pocos días; yo mismo le vi.

—¿Tú sabes cuándo termina su contrato con Blake?

—¿Su contrato?... No sé... sí, creo recordar... eso es; termina a fines de este mes y sin duda ha venido para renovarlo.

—Tú debes evitar que Duprey renueve su contrato con Blake.

—¿Cómo?

—Haciendo que te dé a ti el contrato. Eres tú el que debe encargarse de sus anuncios. No hay ninguna razón en el mundo bastante poderosa para que tú no puedas atreverte a competir con Blake y a arrancarle de las manos a ese cliente que podría realzar nuestra agencia y ser nuestra salvación.

—¡Nan! ¡Eso es imposible!... Tú no te das cuenta de que la casa Duprey gasta miles de dólares anuales en anuncios.

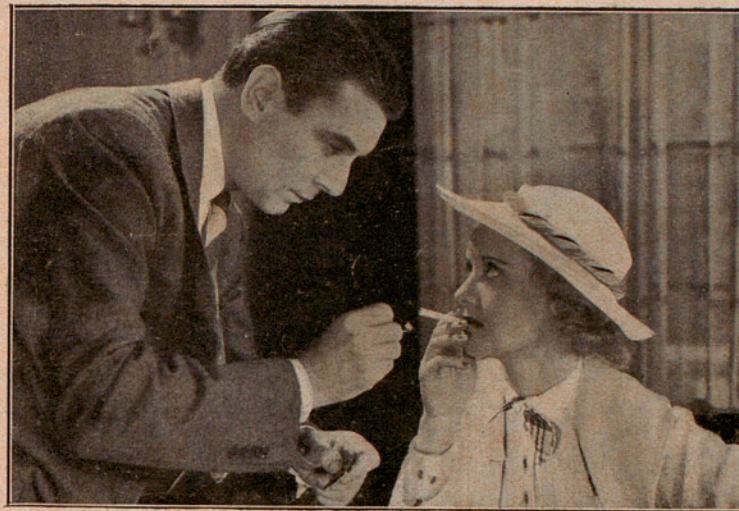
—Precisamente por eso, porque me doy cuenta de ello es por lo que quiero que le obtengas como cliente. Si lo logras la familia Reynolds podrá comprar muchas, muchas cosas que le están haciendo muchísima falta — exclamó Nan, abrazando a su marido para darle ánimos y convencerle.

—Tienes razón, Nan... Pero, ¿cómo obtener que Duprey renuncie a prorrogar su contrato con Blake y hacer que me lo conceda a mí?

—Mira, vamos a beber un po-



Duprey saludó con indiferencia al empleado.



Pat contempló a su héroe universitario.



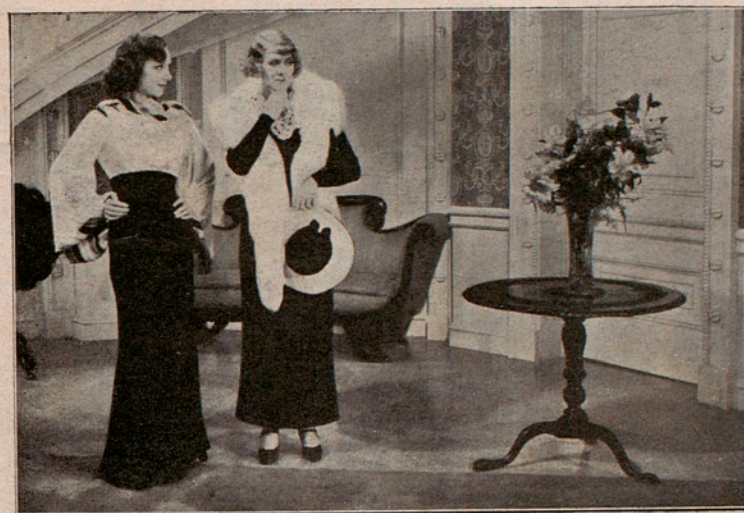
... la mecanógrafa era casi una amiga para Nan.



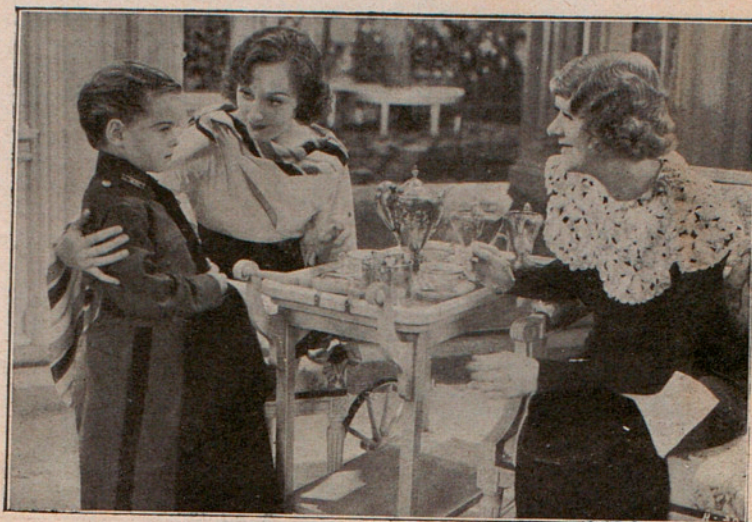
Con un gesto de desesperación Duprey miró a aquel hombre que le perseguía.



—Bill, no debes hacer eso... Has de luchar y has de triunfar.



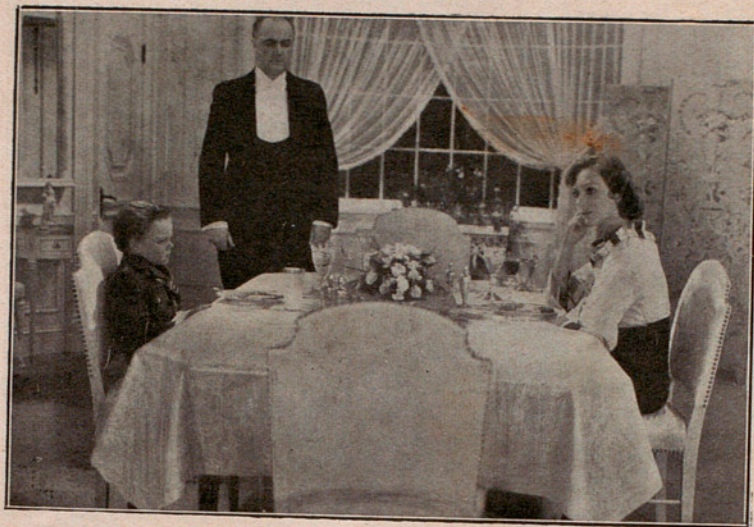
En aquella misma hora Nan mostraba su nuevo hogar a su cuñada Dora.



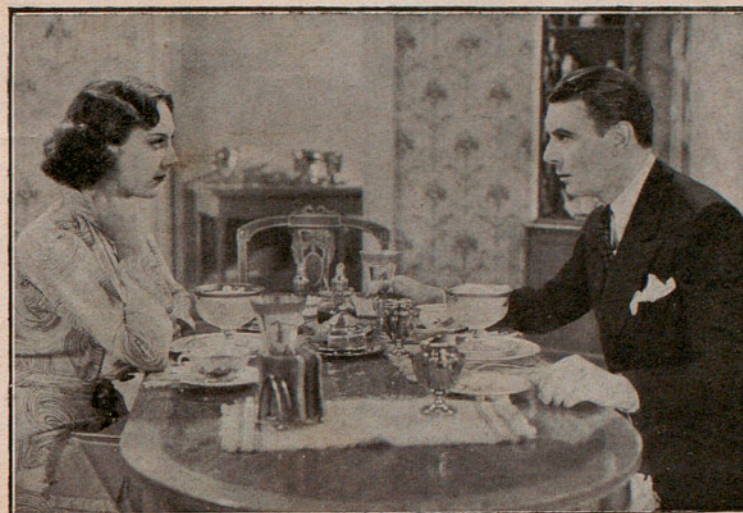
—Vamos, Buddy, saluda a tía Dora.



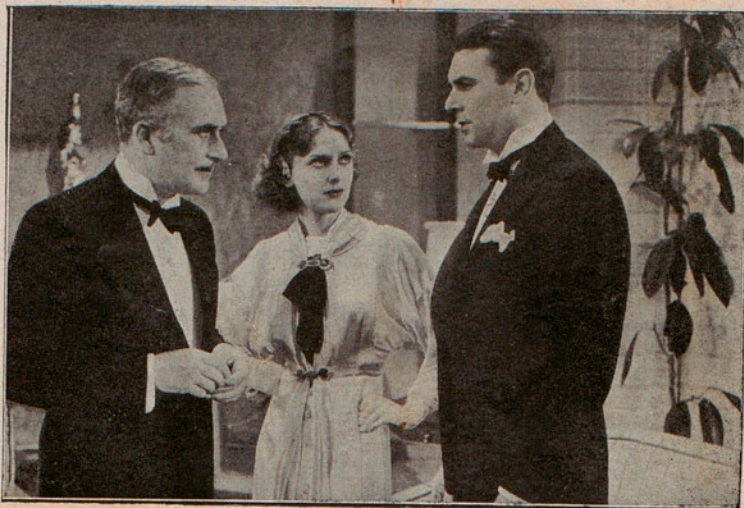
—Cenamos juntos todos los días y eso se va convirtiendo ya en una costumbre.



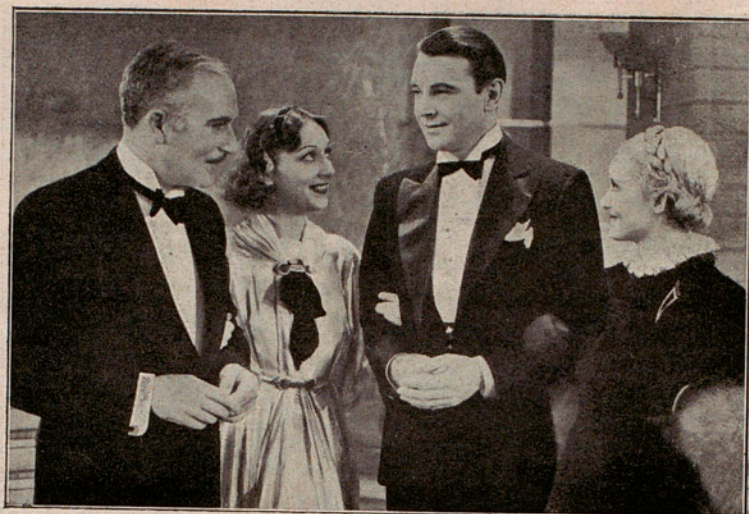
—¿Qué te pasa, mamá?



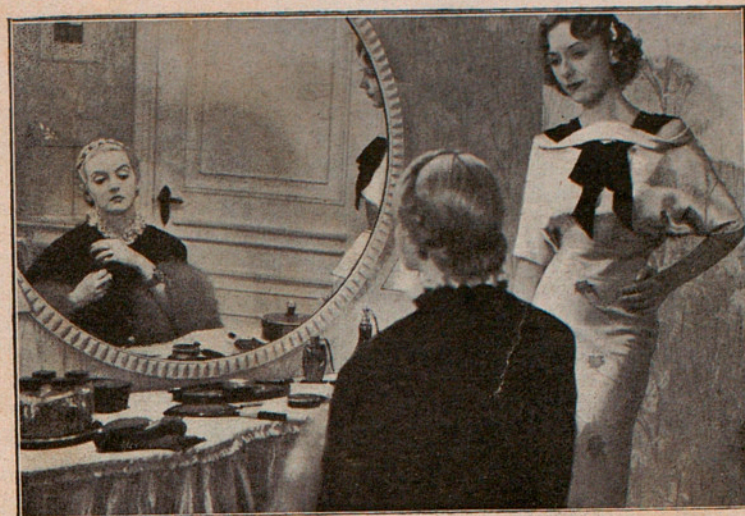
—¿No puede tener un hombre amistad con ninguna mujer por el solo hecho de estar casado?



—No quiero que se radie ese programa.



—¿No le parece que podríamos ir a casa y discutir con calma todo eso?



—Supongo que crees estar enamorada de mi marido.



—Ya es tarde, Bill... Ahora quisieras quedarte, pero no por mí, sino por él...



—Nan, ¿quiere casarse conmigo en cuanto el divorcio esté acordado?



—Nan, vida mía, ¿quieres que olvidemos todo lo pasado?

U N A M U J E R D E S U C A S A

quito. El alcohol da muchos ánimos. Recuerdo que cuando yo era niña y estudiaba, me tomaba un cocktail muy complicado en la mañana del día de exámenes y así perdía la timidez y salía muy bien en ellos. ¿Por qué no vamos a hacer ahora lo mismo?

Nan llenó dos copas de licor y entregó una a su marido, apurando ella de un sorbo la que le correspondía.

—¡Pero, Nan, no te había visto beber desde que nos casamos! Sólo cuando hemos asistido a alguna fiesta o cuando hemos celebrado en casa tu aniversario o el mío...

—Ahora celebramos de antemano la obtención de un cliente que es el único que puede salvarnos en nuestra situación—replicó Nan llenando de nuevo las copas.

El alcohol comenzaba a surtir efecto. Los rostros de Nan y Bill estaban más animados que de ordinario y los ojos les brillaban con esa luz que presta la íntima alegría.

—Mira, Bill, vamos a ensayar—dijo Nan, que comenzaba a sentir la cabeza un poco turbada—. Tú eres Duprey y yo soy tú, ¿entendes? Tienes que presentarte ante él con energía y serenidad. Le das un golpe en el hombro, y le dices: “Oiga, Duprey, si las mujeres pagan cinco dólares por un tarro de

crema que a usted no le cuesta ni la mitad de un centavo, pagarán igualmente por la misma crema diez dólares y el negocio será doble para usted. Todo puede conseguirse poniendo una etiqueta en tarros especiales, que diga que la crema es de doble fuerza, y de lanzar muy bellos anuncios con este nuevo producto de Duprey, “Larmes des Anges”. Las mujeres creerán que es mejor porque es más cara, y todos los frascos de cinco dólares los podrá usted vender a diez dólares. ¿Qué piensa usted de mi idea?

—Bueno, bueno, bueno —murmuró Bill, que se había bebido cinco copitas del animoso licor—. No tienes que decirme tú lo que yo tengo que decirle a él, porque yo ya sé lo que le tengo que decir a él sin que me lo digas tú...

—¡Por Dios, Bill, no te vaya a dar la borrachera pesada!—exclamó Nan, riéndose y acompañándole hasta la puerta.

—No te apures, nena, que si me da pesada y por pesado logro que firme el contrato, daremos por bien empleado que mi borrachera sea pesada.

—Dile además, como quien no dice la cosa: “Y tengo que advertirle, Duprey, que hace usted muy mal en seguir confiando sus anun-

cios a Blake, que no ha tenido una idea original desde que Colón descubrió América”.

—No te preocupes, no te preocupes, ya le diré todo lo que tengo que decirle.

—Y no dejes de verle, aunque tengas que derribar la puerta para entrar—le gritó Nan, viendo que Bill se alejaba ya.

Llevaba Bill bien aprendida la lección. Llegó al hotel donde Duprey se hospedaba y preguntó por él. Le dijeron que no estaba, pero Bill insistió. Efectivamente le había dado el vino pesado y no se fatigaba de pedir cien veces una misma cosa. Mientras el conserje le repetía que Mr. Duprey no estaba en el hotel, vio como Duprey salía del ascensor y se dirigía a la calle. Rápido como el rayo se acercó a él y le espetó a boca de jarro su discurso, mejor dicho, el discurso que Nan había sugerido y que había quedado muy grabado en su cerebro. Duprey le miró como si viera a un loco, le empujó con un poco de acritud y se metió en un magnífico automóvil que le estaba esperando.

Bill no iba a desistir de su empresa por aquella pequeña contrariedad. No olvidaba que Nan le había dicho que persiguiera a Duprey y que se entrevistara con él

aunque tuviera que derribar la puerta, y Bill estaba decidido a realizar lo que su mujer le había dicho. Tomó, pues, un taxi, e hizo seguir al automóvil, que fué a detenerse a la puerta de un cabaret.

Duprey no esperaba volver a encontrarse con aquel hombre y se quedó sorprendido al ver que venía a interrumpir su baile para decirle que Blake era un mal anunciador y que él le haría mucho mejor el servicio. ¡Qué atrevimiento! Duprey dejó a su bailarina y se marchó, decidido a abandonar aquel cabaret por el solo hecho de que en él estaba el agente más pelmazo que había conocido en toda su vida. Bajó a los lavabos antes de marcharse, y también allí fué a buscarle Bill, que no quería dejar perder aquella oportunidad única.

Con un gesto de desesperación Duprey salió de allí y escapó rápidamente. Quería perder de vista a aquel hombre. Quería no volver a verle jamás. Y dió orden a su chofer de que le llevara otra vez al hotel. Subió a sus habitaciones. Entró, dió la luz y, cuando iba a dejar en el armario su abrigo y su sombrero, se le apareció Bill como si fuera un fantasma, como si fuera un duende, como si tuviera el don de la ubicuidad o tuviera hecho un trato con el mismo Lucifer.

—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó exasperado.

—Esperarle —contestó Bill con calma.

—¿Pero cómo ha podido llegar hasta mis habitaciones?

—Dos dólares suavizan mucho a los criados, Mr. Duprey—contestó Bill, haciendo una graciosa inclinación acompañada de una no menos graciosa sonrisa.

—Le doy diez dólares si se marcha usted inmediatamente y me deja en paz.

—Perdone que le diga, Mr. Duprey, que está usted loco.

—¿Qué dice?—preguntó Duprey en el colmo de la indignación.

—Usted perdone, pero tengo que repetirle la frase: está usted loco... Loco de malgastar su dinero en la agencia de anuncios de Blake, que no sabe ni siquiera dónde tiene su mano derecha y que no ha tenido una idea nueva desde que Colón descubrió América.

—¡Hombre, eso mismo he pensado yo muchas veces de Blake!—exclamó Duprey comenzando a interesarse por aquel hombre que venía persiguiéndole y que se había valido de tanta argucia para poderle hablar—. Sospechaba...

—Yo no sospecho, Mr. Duprey, yo tengo la absoluta certeza. Toda su espléndida organización no bas-

ta para cubrir sus imbecilidades y sus equivocaciones. Y hablo con conocimiento de causa, porque he sido empleado de Blake durante cinco años. Si no se asesorase de gentes intuitivas y de talento como yo, Blake no hubiera triunfado.

—¡Ah.... ah!... Empiezo a comprender por qué Blake le puso a usted de patitas en la calle.

—Perdone, Mr. Duprey, no me despidieron, fuí yo quien abandonó la casa para abrir una agencia propia y aplastar a Blake con mis propios medios. Y ahora que hablamos de negocios... ¿no le interesaría a usted doblar los suyos?—preguntó Bill con un aire indiferente y despreocupado, que cautivó a Duprey.

—No me disgustaría... — murmuró Duprey, mirando a Bill con interés.

—Pues es muy sencillo, mi querido señor—dijo Bill. Y entonces le expuso toda su teoría, mejor dicho, la teoría de Nan, sobre la crema “Larmes des Anges” y los tarros de doble fuerza.

—La idea no es mala, pero es resbaladiza... ¿Quiere acompañarme a beber una copita de coñac?—dijo Duprey, que sentíase sumamente interesado por la proposición de Bill.

—Con mucho gusto... No me vendrá mal... Después de la copita

de cognac, soy capaz de hacer verdaderos milagros.

—Pues bebamos para que esos milagros sean productivos para los dos—añadió Duprey, llenando las copas y brindando con aquel hombre al que hubiera querido ver muerto hacía unas horas y que en aquel momento hubiera querido retener a su lado para que le fuera sugiriendo nuevas ideas comerciales.

Transcurrieron las horas. Nan esperaba impaciente a su marido para conocer el resultado final de aquella entrevista que había de ser de vida o muerte para el negocio iniciado por los Reynolds. Cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura, corrió al encuentro de Bill y le preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha ocurrido?

—He vencido al enemigo.

—¿De veras? ¿Has podido hablar con Duprey?

—He hablado con Pablo—contestó Bill dándose tono—. Pablo y yo somos los mejores amigos del mundo. Nunca había conocido a un hombre tan encantador como él. Mira, le traigo metido en el bolsillo.

—¿Qué es eso?—preguntó Nan al ver el pliego de papel que Bill le alargaba.

—Querida, es un contrato por

dos años, en el que me concede toda la campaña anunciadora de sus productos.

—¡Maravilloso!

—Pero no lo quiso firmar hasta que le prometí que Pat sería la que dibujaría sus anuncios. Para vencerle hemos ido los dos a buscar a Pat, que ya dormía, y la hemos obligado a levantarse y le hemos hecho firmar. Desde mañana Pat vendrá a trabajar a mi oficina, porque yo le he prometido cien dólares más a la semana.

—¡Oh, cómo se pondrá Blake cuando se entere!

—Supongo que rugirá de cólera. Pero que ruja... Mis oídos no se sentirán molestos por el ruido. Nan, he descubierto esta noche lo que me hacía falta a mí, lo que necesitaba para tener más energía, más confianza en mí mismo, más empuje para las grandes empresas: me faltaba emborracharme un poquito, sólo un poquito, lo bastante para tener ánimos, como hacías tú cuando ibas a examinarte...

Rieron los dos, se abrazaron y Nan ofreció sus labios a Bill que los tomó con delicia, agradeciendo a aquella mujercita la fuente de energía que le había dado, sin la cual no hubiera jamás triunfado, aunque se hubiera bebido todo el

alcohol que fué a parar al mar en la época del abstencionismo.

Aquel contrato fué la puerta abierta al negocio. En pocos meses William Reynolds tenía la agencia de anuncios más importante de la ciudad. Era un desfile de comerciantes el que pasaba por sus oficinas a todas horas. Había en todos los departamentos una actividad y una efervescencia que daban la medida exacta de lo que era aquel negocio que había adquirido un empuje inusitado, gracias al contrato que Duprey, el más afamado productor de artículos de tocador, había firmado y al que Bill dió la suficiente publicidad para que fuera conocido por todos aquellos a los que el ejemplo había de arrastrar.

Ahora el jefe de personal era Jorge, el hermano de Nan, y se había tomado tan a pecho su oficio que Bill podía confiar ciegamente en él como en sí mismo. Además, Jorge tenía una especial facilidad para tratar y aun para engañar a los clientes cuando se cansaban de esperar en las largas antesalas que tenían que hacer por el cúmulo de trabajo que pesaba sobre Bill Reynolds.

También en su casa había cambiado todo. Vivían ahora con un lujo y una elegancia que dejaba

traslucir claramente el éxito de los negocios de Bill. Nan gozaba con aquel triunfo. Ya podía ahora competir con todas sus amigas. Ya no la mirarían con aquella cara de conmiseración, ni oiría decir más "el pobre Bill" cuando hablaban de su esposo y de su situación económica. Ahora "el pobre Bill" era un hombre de negocios, solicitado en todas partes, ocupado todas las horas del día y muchas, muchas horas de la noche. Nan era lo único que echaba de menos de su antigua existencia, la falta de la compañía de Bill. Cuando iba a la oficina trabajaba las ocho horas reglamentarias y las demás las dedicaba a su mujercita. Desde que era el jefe no tenía horas libres y su mujer vivía muy sola, demasiado sola.

Pero Nan sabía que un hombre de negocios se debe a su trabajo y que forzosamente ha de abandonar un poco el hogar. Por eso estaba contenta, aunque a veces sintiera el alfilerazo de la melancolía y de la añoranza. Sabía que Bill trabajaba por ella y por su hijito y esto le bastaba para su tranquilidad.

Sin embargo... Sin embargo, no eran sólo los negocios los que absorbían a Bill, sino otras más graves preocupaciones que hubieran debido poner en guardia a Nan, a

aquella mujer confiada y buena, que creía en el amor de su marido y que pensaba había de ser tan invulnerable y tan firme como el suyo propio.

Bill tenía ahora a su lado, constantemente, a Pat Berkeley, a aquella mujer peligrosa, tentadora, bella, despreocupada, que no se detenía ante nada con tal de obtener su fin. Pat había estado enamorada de Bill cuando no eran más que unos niños. Ahora quería enamorarle como se enamora a un hombre, enrollándole en los hilos de la tela de araña de su perversidad.

La Agencia de anuncios Reynolds marchaba hacia el pináculo de la omnipotencia, pero la felicidad del hogar Reynolds estaba en grave peligro de caer en una sima insondable, de la que difícilmente podría ser levantada.

El negocio absorbía la atención de Bill. Pero la tentación le hacía olvidar fácilmente del negocio. Era una alternativa en la que estaba colocado el sentimiento de William Reynolds, el hombre que nunca había tenido voluntad bastante sólida para poder marchar solo por la vida. Delante de las exigencias de Pat, Reynolds olvidaba sus obligaciones de negociante y sus deberes de marido. Cuando Nan le suplicaba fuera a cenar con ella, dejan-

do sus trabajos, siempre sabía encontrar una excusa más o menos convincente. Cuando era Pat quien le llamaba, marchaba hacia ella ciegamente, atraído por la fascinación que se desprendía de aquella mujer toda perversidad.

¿Se daba cuenta Nan, la esposa dulce y buena, del peligro en que se hallaba su marido? ¿Presentía que su felicidad de mujer amada y amante iba a naufragar en la tempestad que se alzaba en el corazón de Bill? Nan estaba demasiado ocupada en su hogar, se sentía demasiado dichosa en su nueva vida, estaba demasiado cegada por el triunfo del negocio que ella había iniciado y del que fué la mejor colaboradora en los tiempos difíciles, para que ahora pudiera darse cuenta de nada.

—Bill trabaja mucho, mucho —respondía siempre a las insinuaciones indiscretas de sus amistades, cuando le preguntaban por qué su marido le dejaba tan sola.

Y estaba convencida de que era el trabajo lo que le robaba a su esposo, al que creía incapaz de traicionarla.

Tampoco Bill creía que iba a traicionar a su mujer. Las continuas conversaciones con Pat le turbaban el alma y los sentidos y era incapaz de pensar por cuenta pro-

pia. Se dejaba llevar por aquella mujer experta en lides de amor y se dejaba arrastrar por la peligrosa corriente en la inconsciencia absoluta de su ceguedad. Pat le hablaba con admiración del cambio tan notable que había hecho en poco más de un año, le alentaba para seguir por el camino del triunfo, y acabó haciéndole creer que todo aquel triunfo se lo debía a ella, a ella que era una mujer emprendedora, fuerte, animosa, osada. Así comenzó Bill a olvidar a su esposa, a la mujercita que le había alentado en los tiempos difíciles, a la mujer buena y honrada que había ahorrado durante cinco años para permitirle comenzar los primeros balbuceos comerciales que le habían conducido hasta donde ahora estaba. Era la historia de siempre: el hombre, mariposa inconstante, se dejaba seducir por los oropeles de un brillo engañoso, abandonando el oro de ley para quemarse las alas en una luz perversa.

Pat le iba envolviendo lentamente, lentamente, en sus tentaciones y y en sus promesas y le tendía la trampa de su capricho que quería satisfacer su propia vanidad más que alcanzar la sinceridad de un amor.

—¡Oh, Bill, cada día se hace

más difícil poder hablar contigo! —le dijo una mañana que había intentado en vano penetrar en el despacho de Bill y que siempre se había visto detenida, porque William Reynolds discutía importantes proyectos con nuevos clientes.

—Sí, Pat, el trabajo arrolla a los hombres y casi destruye su personalidad —replicó Bill, mirándola con una larga mirada de admiración, porque aquella mañana Pat estaba turbadoramente bella.

—Eres más importante que el Presidente de los Estados Unidos —rió Pat, sentándose en la mesa muy cerca de Bill—. ¿Qué te parece este dibujo? —añadió, presentándole el proyecto que acababa de trazar.

Bill lo estudió con ojos de experto y se limitó a indicar una pequeña reforma, casi insignificante, pero que hacía resaltar de modo visible la parte más interesante del anuncio.

—¡El cambio es admirable! —exclamó Pat, mirando a aquel hombre que hacía unos meses era un simple empleado agobiado por la tiranía de un amo soez.

—Sólo he retocado unas líneas —arguyó Bill, creyendo que la exclamación de Pat se refería al dibujo.

—No, me refiero al cambio que

has hecho tú en esos meses que trabajamos juntos.

—Es verdad, ha sido un cambio radical en toda mi vida.

—Sí... ¡un gran cambio!... ¿Te acuerdas cuando íbamos a la escuela y yo no era más que una chiquilla insignificante y tú una estrella de fútbol?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! —exclamó Bill, riéndose—. También tú has hecho desde entonces un cambio muy notable, muy notable... Entonces eras...

—Ya lo puedes decir —añadió Pat sonriendo al ver que Bill se detenía—. Era una niña fea, con la cara llena de pecas, mal peinada, con un vestido de percal y unas medias de algodón.

—¿Y qué has hecho de tus pecas?—le preguntó Bill, mirándola fijamente y admirando la finura de aquel cutis sin una mancha.

—Las he borrado con "Larmes des Anges"—contestó Pat, irónicamente—. Y mis vestidos se han transformado en modelos de los mejores modistos de Nueva York y he cambiado mis medias de algodón por estas de gasa—dijo, mostrándole la pierna bien torneada y tentadora—. Sólo que el príncipe encantador de mis sueños de niña se ha transformado en un agente de anuncios... y eso no es muy poé-

tico, ¿verdad?... Pero yo sigo queriéndote como entonces.

Bill la abrazó tiernamente y le susurró al oído dulcemente:

—A la luz del amor todo se transforma en poesía, Pat... ¿Quieres que vayamos a tomar el té a tu casa?

—Vamos, Bill... —replicó Pat, dándole una prometedora mirada.

En aquella misma hora Nan estaba mostrando su nuevo hogar a su cuñada Dora. No había querido recibirla hasta tener por completo terminada la instalación para gozarse en las frases admirativas de Dora, que tenía para todo graciosas exageraciones.

—¡Oh, oh, oh, querida!... ¡Esto es la casa de una duquesa!—dijo Dora después de haber examinado detenidamente todos los departamentos.

—Me alegro mucho de que te guste tanto, Dora. Ahora vamos a tomar el té. Bolton nos lo servirá.

Dora miró al rígido mayordomo que escuchó seriamente la orden que Nan le daba, y dijo al verle alejarse:

—¡Chica, qué hombre! Merecería que le vistieras con calzón corto, como en el siglo XVIII. ¿Pero vamos a tomar el té solas? ¿No viene tu marido?

—No, Bill no puede dejar la ofi-

cina. Muchos son los días que llega pasada la media noche. Trabaja demasiado. Pero el viernes damos en casa una gran fiesta y aquel día se quedará aquí todo el día. Espero que Jorge y tú vendréis a la fiesta.

—¡Claro que vendremos!... ¡Una fiesta!... Nan, estás desconocida. No pareces la misma de cuando estabas limpiando todo el día, ayudada por aquella criada tan torpe que no te servía más que para darte más trabajo.

—¡Oh, entonces era la mujer de un simple empleado, y ahora soy la mujer de un gran director! ¿Te parece pequeña la diferencia?

—Me parece demasiado grande...—murmuró Dora de un modo especial, del que Nan no se dio cuenta, porque en aquel momento oyó el repiqueteo del timbre de la puerta, que anunciaba la llegada del pequeño Buddy, que venía de la escuela.

El chiquillo dió al criado su gorra y su cartera con seriedad de hombrecito y le preguntó:

—¿Dónde está mamá?

—La señora está en el salón, señorito —replicó el criado manteniéndose rígido ante el muñeco.

—Oye, Bolton, no me gusta que me llames señorito; llámame Buddy sólo.

—Está bien, señorito.

—Bolton, estás demasiado bien educado para que yo te quiera.

Buddy hizo una graciosa mueca al criado, que no perdió su rigidez, y corrió a echarse en brazos de su madre que le recibió con alegría.

—¿Cómo estás, hijito? ¿Has sido bueno en el colegio?

—Sí, mamá... ¿Dónde está papá?

—Todavía no ha venido.

—¿No cenará con nosotros?

—Ya sabes que los jueves no cena nunca en casa—replicó Nan, no queriendo dar a entender a Dora que su marido la abandonaba más de lo necesario.

—¡Los jueves!—contestó el niño con esa naturalidad de los chiquillos que hace sufrir tantas veces a los mayores—. Ayer no fué jueves y tampoco vino a cenar.

—Porque tuvo trabajo, querido.

—¡Oh, papá ahora tiene siempre trabajo y no viene nunca a casa!

—Vamos, Buddy, saluda a tía Dora y ve a cambiarte de traje—dijo Nan, queriendo cortar aquella conversación.

Dora besó al niño, le miró alejarse, volvió luego los ojos sobre Nan y suspiró:

—¡Todos los hombres son iguales! En cuanto tienen en el bolsillo un libro de cheques se acabó el hogar, la familia y el amor... ¡Pobrecilla!

—Dora, no divagues, no me compadezcas por un mal que no sufro —dijo Nan, dispuesta a ocultar a los ojos de todos su íntimo sufrimiento—. Ser el jefe no es lo mismo que ser el empleado. Las horas no cuentan para el que tiene toda la responsabilidad del negocio. Un gran negocio como el de Bill no marcha solo; necesita un cerebro que le guíe, y este cerebro no puede descansar siempre que quiere. Bill se debe a su negocio.

—Nan, creo en la sinceridad de tus palabras y porque creo en ella te voy a dar un ligero consejo: no creas nunca demasiado en el trabajo nocturno de los maridos... Cuando un marido tiene negocios por la noche... es que algo tiene entre manos que no es precisamente un negocio.

—Dora, Bill no es como los demás.

—Hijita, los hombres todos son iguales. ¡Siempre la excusa del trabajo! Y créeme, de noche son pocos los negocios que se realizan, pocas las transacciones que se llevan a cabo, pocas las operaciones bursátiles que llevan a un buen fin... Piénsalo bien, Nan.

—Dora, te estás volviendo suspicaz...

—Suspiciacia que ha nacido de

muchos años de triste experiencia, Nan.

—Dora, todas esas suspiciacias tuyas son mera tontería. Bill no tiene ni tiempo, ni energía, ni inclinación bastantes para jugar un doble juego. No puedo creer en nada de lo que me dices. ¿Quieres otra taza de té?

—Mi instinto refinado por la experiencia me dice que eres extremadamente ingenua, Nan. Bueno, dame otra taza de té.

Cuando Dora se hubo marchado y Nan se quedó sola con sus pensamientos, comenzó a sentir la verdad de las advertencias de Dora, de aquella mujer incapaz de ponerla en inquietud si no tuviera ya alguna certeza, y fué entonces Nan pensando en muchas cosas que hasta entonces no le habían llamado la atención, o a las que de propósito no había querido dar importancia. Bill estaba muy cambiado con ella desde hacía algunos meses. No se lo había querido confesar, pero había sufrido en silencio por aquel abandono en que la dejaba y que ella se empeñaba en atribuir al trabajo. Dora tenía razón. Por mucho que las atenciones de un negocio absorbían la atención del hombre, siempre quedan las horas dulces que pueden dedicarse al hogar, a la esposa, al amor dulce y quieto de

la intimidad conyugal. Bill se apartaba cada día más de Nan y Nan sufría, sufría intensamente por aquel abandono, pero en el interior de su conciencia sentía fuerza bastante para permanecer callada ante aquel sufrimiento, para encerrarlo en lo más hondo de su corazón, para que no trasluciera y no amargara con él la serenidad de su hogar.

Pero la preocupación y la inquietud eran más fuertes que ella misma. Cuando se sentó a la mesa, frente a su hijito, viendo el lugar de Bill vacío y frío, sintió que una gran angustia le sobrecogía el alma, como si presintiera que ya había acabado para ella toda alegría. Una gran tristeza la invadió y los ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa, mamá? —le preguntó Buddy compungido.

La voz de su hijo la despertó de aquella angustia. Aunque sólo fuera por el niño tenía que disimular y que sonreír.

—Nada, mi vida... Come las zanahorias para que te hagas muy fuerte y crezcas mucho.

—No me gustan las zanahorias, pero ti tú has de estar contenta me las comeré. No quiero que mamá esté triste.

Nan sonrió a su hijo y sorbió sus lágrimas. Tampoco ella quería

estar triste para no entristecer al pequeño. Pero su corazón sufría indeciblemente al pensar en la posibilidad, casi en la seguridad de la traición de su marido.

Cenaron más silenciosos que de costumbre y Nan acostó a su hijito y le cantó una tierna canción, pero en su voz había algo de trágico y de angustioso. Luego se acostó ella también, pero dejó la luz encendida y procuró abismarse en la lectura para olvidar las horas que pasaban y esperar la llegada de su marido. No podía ser que el amor hubiera muerto por completo en el corazón de Bill. No podía ser que toda aquella felicidad moral que habían gozado en la época de sus dificultades económicas acabara ahora que habían logrado salir de ellas. No podía ser que todos sus desvelos y sus afanes quedaran pisoteados.

Mientras Nan, desvelada por el dolor cruel que la torturaba bárbaramente, lloraba en silencio en la soledad de su alcoba, Bill, en los brazos de Pat, olvidaba sus deberes embriagándose en aquel amor pasajero que le deslumbraba.

—¿No te parece mejor cenar aquí, en mi casa, solos los dos, que en la oficina, como hacías antes?

—Si te dijera que no, sería el peor de los embusteros.

—¿Quieres una copita de brandy?

—Bien, es el medio mejor de terminar una comida como esta.

—Hoy he hecho comprar una marca mejor. La de ayer no era lo bastante seco. Y la de anteayer era demasiado dulce.

—Ayer... anteayer.... hoy... —murmuró Bill, reconcentrándose—. Cenamos juntos todos los días y eso se va convirtiendo ya en una costumbre...

—En una bellísima costumbre, diría yo—corrigió Pat, besando a Bill.

—Sí, muy bella, muy bella... si yo no tuviera otros deberes, otros compromisos, otras obligaciones... El viejo diablo de mi conciencia me dice que no obro bien.

—No hagas caso a tu conciencia, si eres feliz.

—Aunque sea feliz, aunque no quiera hacerle caso... ella sigue diciendo la verdad. Pat, no hago bien, no obro con lealtad acudiendo a estas citas...

—¡Muy bien! Si hablas seriamente ya puedes tomar el sombrero y largarte en seguida —dijo Pat, ofendida por las palabras de Bill, poniéndose en pie y mostrándole la puerta.

—¡Oh, no te enojas, Pat! ¡No to-

mes esa actitud heroica! No lo dije para ofenderte.

—Pero lo has dicho... Después de todo ya nos vemos bastante en la oficina...

—Yo no lo creo así—murmuró Bill humildemente, tomando a Pat por la cintura y atrayéndola a él.

—¿No?... ¿Entonces, por qué dices esas cosas?

—Porque... no sé, no sabría explicarlo.

—Yo te lo explicaré... Porque tienes poca experiencia de la vida, porque eres un poco provinciano, un poco paleta, y yo no. Tú crees aún en ideas que pudieron ser buenas el siglo pasado, pero que en la actualidad son por completo absurdas. El hecho de que estés casado no tiene importancia alguna para que cultives las amistades que te plazcan. Ven acá, ven acá, chiquillo... No eres más que eso, un chiquillo, un niño malcriado.

—Tienes razón, Pat—murmuró Bill hundiendo su frente en el pecho de aquella mujer—. Tú no sabes lo que para mí han sido estos últimos meses, desde que hemos hecho de nuestra amistad ese algo tan sabroso y divino de lo que ya no sabría prescindir. Tu amistad es para mí una de las más bellas cosas que he encontrado en la vida...

—¿De veras?

—Tú sabes que te digo la verdad.

Los dos amantes se besaron en los labios largamente, apasionadamente, queriendo olvidarlo todo para entregarse únicamente a su amor.

Cuando Bill entró en su casa era casi la madrugada. Nan estaba todavía despierta y escuchó impaciente los pasos callados de su marido, esperando con ansia que se abriera la puerta de su alcoba para poder ver en los ojos de Bill la verdad de su traición. Bill se acercó a la puerta y escuchó. Tenía miedo de enfrentarse con su mujer. Puso la mano en el pomo, para abrir, pero lo pensó mejor y no

entró, paseándose a grandes pasos por su propia habitación, sintiendo que la conciencia volvía a gritar muy alto ahora que estaba solo y que no había unos ojos que le iluminaran el camino, ni unos labios que le endulzaran sus horas de duda y de dolor.

Nan esperó en vano, sentada en la cama. Escuchó los pasos de su marido. Le oyó llegar hasta su puerta y contuvo el aliento pensando que había llegado el momento de verle y pedirle una explicación. Pero la puerta no se abrió y Nan, desalentada, dejó caer la cabeza sobre la almohada, hundió en ella el rostro y rompió en ahogados sollozos que le destrozaban el alma.

* * *

A la mañana siguiente los dos esposos se encontraron en el comedor a la hora del desayuno. Bill fingió estar abstraído en la lectura del periódico y Nan se sirvió el azúcar sin ofrecerle a su marido el azucarero, como solía hacer todos los días. Bill se mordió los labios y tomó el azúcar sin mirar, derramándolo por el mantel.

—Ten cuidado, Bill, porque no es el mantel el que necesita azúcar sino tu café con leche —dijo Nan con ironía. Y luego, decidida a enfrentar la situación, le preguntó: ¿Ha estado también Pat en la oficina toda la noche?

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó Bill de mal talante.

—Era una mera curiosidad femenina.

—¿Es curiosidad o es una investigación?

—Si es investigación, el acusado muestra con su actitud ser culpable—dijo Nan, mirando a su marido fijamente—. No has estado en la oficina en toda la noche, Bill. Has estado con Pat.

—Supón que eso que tú dices sea cierto... ¡Y qué! ¿Es un crimen? ¿No puede tener un hombre amistad con ninguna mujer por el solo hecho de estar casado?

—Yo sé bien qué clase de amistad puede haber entre un hombre casado y una mujer como Pat...

—¡Oh, tú qué sabes! Tú no eres más que una anticuada, un ama de casa del siglo pasado, llena de prejuicios y de tonterías. Estamos en la época del individualismo, y es hora ya de que te vayas dando cuenta de ello.

—Hace algunos meses que me voy dando cuenta de ello, Bill...—murmuró Nan, bajando los ojos para que Bill no pudiera darse cuenta de que en ellos había brillo de lágrimas.

Nan era toda una mujer y tuvo fuerzas para seguir disimulando. No quería dar el espectáculo de su dolor. Además, aquel mismo día, por la noche, iban a dar la gran

fiesta para celebrar el éxito de su negocio y para dar posesión de su hogar a todos sus amigos. Nan quería estar aquella noche muy bella. Quería ver si podía reconquistar a su marido en público, al sentirse admirada por todos. ¿Iba a ser más fuerte una mujer como Pat? ¿No podría triunfar la que, como ella, tenía el corazón puro y el alma limpia? Procuró no ver en todo el día a Bill, no encontrarse a solas con él para que no surgiera la discusión, no dar motivo para que hubiera entre ellos una reyerta, y esperó la noche. Se vistió con sus mejores galas y estaba tan bella, tan encantadoramente bella, que aun tuvo fuerza para sonreír ante su propia imagen. Su belleza era más serena que la de Pat... ¿Pero es que acaso los hombres saben apreciar esos matices? ¿O es que se sienten siempre más atraídos hacia lo perverso que hacia lo honesto?

Los salones de los Reynolds estaban deslumbrantes. Nan no había escatimado nada para que la fiesta tuviera un brillo inusitado. Quería que su marido estuviera orgulloso de ella y orgulloso de su hogar. El bufet estaba servido con esplendor y elegancia. Los invitados eran los mejores clientes de Bill y las gentes más sobresalientes de la ciu-

dad. Aquella fiesta había de consolidar el prestigio comercial de la firma Reynolds, y Nan pensaba que acaso sirviera también para consolidar su propia felicidad.

Pero sus ilusiones se desvanecieron pronto. Desde que Pat había aparecido, Bill ya no tuvo ojos más que para ella. Nan se miró de soslayo en un espejo, se vió bonita, se comparó con Pat y pensó que no había belleza que fuera capaz de competir con la procacidad de aquella mujer. Se sintió desalentada, pero procuró sobreponerse y se movió entre los invitados con aquella graciosa soltura de la gran dama acostumbrada a las fiestas sociales.

Pat estaba hundida en un sillón cuando Bill se acercó a ella a ofrecerle un cigarrillo.

—¿Te gusta la fiesta?—le preguntó en voz baja.

—La encuentro encantadora —replicó Pat, mirando a Bill con aquellos ojos de tonos verdes y azulados, que tenían no sé qué raro atractivo.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

—Nan, tengo muchas cosas que decirte —replicó Pat, pasándole un brazo alrededor de su cuello y, atrayéndole a sí, comenzó a hablarle al oído, contándole quién

sabe qué cosas sabrosas que hacían sonreír dichosamente a Bill.

Nan, desde lejos, les sorprendió en aquella actitud y sintió un intenso frío helarle el corazón. Era inútil todo cuanto intentase hacer para vencer a aquella mujer que luchaba con armas prohibidas. Era inútil todo su esfuerzo de mujer honrada para ponerse por encima de aquella hembra que no reparaba en medios para llegar a su fin. Nan sintió que palidecía y apartó con pena los ojos de aquel espectáculo que, quizá, en los tiempos modernos no pudiera tener una gran importancia, pero para ella la tenía definitiva. Porque la honradez no había muerto, aunque Bill dijera que era cualidad privativa de siglos pasados.

Fué Duprey, el fabricante de las cremas faciales, el primer cliente de Bill, el que gracias a la deliciosa estratagema sugerida por Nan había abierto las puertas al porvenir comercial de Bill, el único que se dió cuenta de aquella situación. Hacía tiempo que venía observando que algo anormal ocurría a aquellos dos esposos a los que conoció en plena felicidad. Hoy descubría la verdad de lo que había entre ellos. Duprey era un hombre que pasaba de los cuarenta, que había mariposeado mucho, pero que

no había fijado su vuelo en parte alguna, porque creyó que en el mundo no había otra clase de mujeres más que las que él trataba, fáciles al amor y al engaño, incapaces de una larga pasión y mucho menos de hacer la felicidad de toda su vida.

Nan fué la primera mujer que conoció y que le convenció de que en el mundo había dos razas completamente distintas de mujeres. Arquetipos de aquellas dos razas eran Nan y Pat. La primera era la *mujer*; la segunda la *hembra*. Y Duprey se sintió atraído por la mujer, por la primera mujer que él conocía...

Al comprender que Nan sufría por el abandono de Bill, Duprey se sintió todavía más atraído hacia aquella mujer tan bella, tan joven, y que merecía ser tan feliz. Aquella noche, al sorprender la mirada angustiada de Nan cuando descubrió al grupo formado por Pat y Bill, Duprey pensó que acaso aquello fuera favorable a sus planes, y procuró acercarse a Nan y envolverla en su galantería respetuosa y amable.

—Nan, su fiesta es una maravilla—le dijo, acercándose a ella.

—¿Usted cree? —replicó Nan, que todavía estaba aturdida por lo que acababa de ver.

—Sí; es digna de usted.

—Gracias, Paul. Siempre ha sido usted muy amable conmigo y muy condescendiente con mis defectos. ¿Quiere comer alguna cosa?

—Creo que me he comido ya una docena de esas crestitas que me ofrece, pero voy a tomar otra, porque son exquisitas.

—Las he hecho yo. Y no se lo digo para que me haga un cumplido. Me gusta mucho la repostería y no me parecería una fiesta completa si no hubiera algo hecho por mí—dijo Nan, sonriendo.

La voccita del niño llegó en aquel momento hasta ellos:

—¡Mamá... mamá...! —llamaba repetidamente.

—¡La voz de mi amito!—exclamó Nan, corriendo al encuentro de su hijo.

Bajaba el niño las escaleras, con la carita adormilada y una expresión triste en su ojos.

—¿Qué quieres, hijo? ¿Por qué has salido de tu cuarto?—le preguntó Nan, arrodillándose a su lado.

—No puedo dormir...—murmuró el nene con mal humor.

—No es extraño... ¡con el ruido que estamos armando!—dijo Duprey, que había seguido a Nan y que contemplaba con emoción el

cuadro formado por la madre y el hijo.

—Te vas a enfriar, querido... Anda, sube otra vez y acuéstate... Los niños no pueden estar en las fiestas de los mayores.

—Tengo miedo, mamá... Acompañame...

—¿Tienes miedo? Los hombres han de ser valientes... Bueno, voy a subir contigo. Vamos, mi vida...

—¿Me permite que yo también les acompañe? —suplicó Duprey, viendo que Nan tomaba al niño en sus brazos.

—¡Oh, si así le place, sí...!—dijo Nan, subiendo la escalera seguida por Duprey.

Entraron los dos en el cuarto del niño. Nan le acostó, le arropó con ternura, le besó dulcemente y le cerró los ojitos para que se durmiera. Duprey permanecía en pie, junto a la cama, mirando la escena y quién sabe si añorando no haber formado él un hogar cuando era tiempo de hacerlo.

Cuando el niño se quedó profundamente dormido, Nan, poniéndose un dedo en los labios, invitó a Duprey a salir de la habitación. Salieron los dos y Nan cerró con cuidado la puerta.

—Vamos a ver si conseguimos que no hagan tanto ruido para que Buddy no vuelva a despertarse.

Duprey se detuvo antes de comenzar a bajar la escalera, miró a Nan y le dijo, como si siguiera el hilo de un pensamiento:

—Nan, soy un viejo solterón que no ha conocido más vida que la del hotel o la del fingido hogar de pasaje. Esta es la primera vez que asisto a una escena verdaderamente familiar, cargada de ternura, de emoción, de amor... Y siento no haber formado yo un hogar placentero como el suyo...

—Aun es tiempo, Paul. Podemos encontrar a una muchacha buena y bonita que le amará y que será la madre de sus hijos...

—Ya he encontrado a esa muchacha, Nan—dijo Duprey, mirando a la admirable esposa.

—¿De veras?

—Sí... pero, pero he llegado demasiado tarde —añadió Duprey, mirando aún con más intensidad a Nan.

Comprendió ésta a quién iban dirigidas aquellas insinuaciones, sintió una turbación extraña y, alzando la frente por la que no había pasado nunca un mal pensamiento, dijo, iniciando la marcha:

—Es preciso que vayamos a reunirnos con los invitados.

Duprey la siguió, convencido de que nunca podría obtener de aque-

lla mujer ni el más leve rayo de esperanza.

Nan procuró no quedarse a solas en toda la noche con Duprey. No quería que nadie quisiera consolarla de su soledad y de su abandono. No quería que nadie pudiera penetrar en la magnífica soledad de su alma, en donde guardaba, junto con el dolor presente, los bellos recuerdos del pasado.

Sufrió valientemente durante toda la noche viendo como Bill dedicaba toda su atención a Pat. Sufrió en silencio. Sufrió como sabe sufrir la mujer que ama y que conserva intacto su amor a través de las más crueles decepciones y de los más duros desengaños.

Y pasó aquella noche y pasaron muchos otros días iguales y monótonos, con la enervante monotonía de las cosas que nos parecen irremediables. Nan seguía sufriendo, pero no lo aparentaba. Procuraba esconder en lo íntimo de su corazón el dolor que le atenazaba, para no dar motivo a Bill de fatiga o de reproches crueles. La vida entre los esposos, aparentemente, en nada había cambiado; íntimamente había cambiado en su totalidad, porque entre ellos no existía nada de común. Sólo cuando salían a la calle, cuando alternaban con la sociedad, cuando tenían que presentar-

se en público, aparecían juntos, sonreían, fingían una dicha que había huído muy lejos de ellos. Cuando volvían a encontrarse solos se cerraba cada uno en su habitación, Nan para verter todas las lágrimas contenidas durante el día, Bill para sentir todas las torturas del remordimiento.

El único consuelo de Nan era el niño, el pequeño Buddy, y éste se pasaba ahora el día entero en la escuela. Hasta ese consuelo le arrebatában. Su soledad se hacía más sensible y más dolorosa. Por eso aprovechaba todas las ocasiones para mostrarse en público con Bill. No quería que la gente se acostumbrara a verles separados. No quería que nadie supiera de la infidelidad del esposo. No quería que Pat se lo arrebatara por completo.

Por eso asistió también al ensayo del programa de radio que iba a transmitirse, anunciando los productos de Duprey. Duprey había querido usar de la radio para su propaganda y había encargado a Bill que hiciera un programa atractivo y convincente. Bill, atareado todo el día en atender a Pat, que se hacía más y más exigente, no se ocupó gran cosa de aquel programa de radio y, llegado el día del ensayo, acudió un poco temeroso

de que a Duprey no le gustara aquello que él no había hecho.

Duprey, Nan, Bill y Pat esperaron en la antesala de la emisora desde donde tenían que escuchar a través del altavoz el programa anunciador de los productos Duprey. Nan estaba un poco nerviosa, porque sabía por su hermano Jorge que Bill no se había ocupado en absoluto de aquel programa que se había confiado a gentes poco expertas en el arte del anuncio. Si a Duprey le disgustaba podría retirar su contrato y aquello sería la iniciación de la ruina del negocio de Reynolds, como había sido la iniciación de su éxito al concederle su primer contrato.

No era en vano la nerviosidad de Nan. Desde el primer momento Duprey mostró su desagrado por la forma del anuncio. La música era mala. La letra de la canción anunciando las cremas Duprey era peor que mala. Los chistes intercalados eran tan poco graciosos que hubieran hecho bostezar a un muerto. No había por dónde coger aquel programa hecho sin intuición alguna, sin arte, sin gracia.

Nan, angustiada, miraba de soslayo a Duprey, que estaba sentado a su lado. Pat, nerviosa también ante aquel desastre, cruzaba de vez en cuando miradas de desolación

con Bill que se daba demasiado tarde cuenta de la gravedad de su abandono. Si él hubiera atendido a aquella forma de anuncio estaba seguro de que el programa hubiera sido del agrado de Duprey. Pero había tenido la debilidad de confiarlo a gentes que no conocían nada del difícil tinglado y estaba siendo un fracaso total y definitivo.

Había entre los cuatro oyentes un silencio más expresivo que cuantas palabras hubieran podido cruzar entre ellos. De pronto, cuando ya habían radiado casi la mitad del programa, Duprey se puso en pie y exclamó, tapándose los oídos:

—¡Oh, basta, basta, basta! Esto es insoportable... Nadie escuchará todas esas sandeces.

—Perdona, Paul; a ti podrá no gustarte el programa, pero precisamente es el gusto de hoy, es lo que la gente pide...—arguyó Bill, queriendo defenderse.

—Pero a mí no me gusta, y basta. No quiero que se radie ese programa.

—Pero Paul, no te exaltes, eso no es más que un ensayo... podemos introducir todas las reformas que te parezcan.

—¡Ni con reformas sirve para nada!—exclamó Duprey que estaba indignado.

—¿No le parece, Paul, que podríamos ir a casa y discutir con calma todo eso? — intervino Nan, dulcemente, para calmar a aquel hombre que era el mejor cliente de su marido.

—No, Nan, es muy tarde. Estoy cansado. Me voy al hotel a cenar y me acostaré en seguida.

—Pero puede venir a cenar a casa... ¿No le parece?

—Me parece que es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde para comer algunas cremitas de aquellas que le gustaron tanto la otra noche... Precisamente hoy he hecho una abundante cantidad y están fresquitas y muy sabrosas. ¿No le tienta la idea?

—Me tienta siempre cualquiera idea salida de usted, Nan... Acepto. Vamos a su casa y hablaremos con calma de todo eso.

Todos marcharon a casa de los Reynolds. Era natural que Pat no se decidiera a abandonar a Bill, con el que sostenía una interesante conversación a media voz, de la que nadie, sino ellos, podía enterarse. Nan preparó una cena sobria, pero sabrosa. Estuvo casi locuaz con Duprey y, después de cenar, cuando ya estuvieron en el salón, Nan se sentó junto a él y le habló del programa de la radio.

—¡Oh, Nan, no me recuerde ese desastre! ¡No me haga acordar de una cosa tan horrible ahora que estoy en el mejor de los mundos!

—Si la recuerdo es para ofrecerle nuevas ideas. Sus cremas son para la mujer principalmente. Son para embellecer su cutis, para extenderlas sobre rostros amorosos, dulces, apasionados, cándidos, perversos... La mujer ama siempre el romanticismo, aun aquella que está más alejada de esa cosa tan... tan vulgar, digámoslo así... Hoy día parece que el romanticismo está desterrado de la vida... y sin embargo hay siempre una fibra romántica en el corazón de la mujer... ¿Por qué no despertar esa fibra para anunciar un producto tan bello como "Larmes des Anges"?... Podría evocarse un ambiente parisense... hablar de los bulevares animados y dinámicos, de la serenidad bella de los Campos Elíseos, de la bella perspectiva del Arco de la Estrella... y luego tocar una de esas canciones francesas tan llenas de sentimentalismo, a la que podría adaptarse alguna letra alusiva a sus productos de tocador... ¿Qué le parece la idea?

—¡Magnífica!... Una evocación de París... una canción francesa... el romanticismo de las Tullerías... la tranquilidad del Luxemburgo...

la íntima soledad del jardín del Palais Royal... ¡Magnífico, Nan!... Podría darnos un resultado maravilloso... Sería un programa que seduciría a las mujeres... Estoy seguro que todas, todas sin excepción se comprarían mi "Larmes des Anges", soñando en las bellas perspectivas parisinas.

—Sería un programa atractivo...

—¡Encantador! ¿Qué te parece la idea, Bill? —preguntó Duprey, volviéndose hacia donde creía estaban Bill y Pat.

Pero Bill y Pat habían salido a la terraza, alumbrada por la luz clara de la luna, y allí, siguiendo quizá también la vena romántica que hay encerrada en todo corazón de mujer, Pat había sabido despertar en Bill ecos suaves y se abrazaron y se besaron con apasionamiento, creyéndose bastante protegidos por las sombras de la noche.

En aquella postura les sorprendieron los ojos de Duprey y los de Nan, que les habían buscado por todo el salón. Nan bajó la cabeza queriendo ocultar su dolor. Duprey no hizo referencia a aquella escena. Le era violento hablar de ella, porque sabía que Nan no era una mujer que se dejase consolar por otro. El único que podía consolarla, el único que podía aliviarla de aquella tortura, el único que podría ha-

cerla dichosa estrechándola entre sus brazos y diciéndole tiernas palabras de amor, era su propio esposo... Y éste estaba demasiado entretenido en los brazos de otra mujer...

—¡Oh, ya es la una y media!— exclamó Duprey, levantándose y queriendo dar otro giro a los pensamientos de Nan—. Tengo que marcharme...

—Lo siento, Paul — murmuró Nan, mirando a Duprey con los ojos empañados por las lágrimas.

—Y yo también, Nan... pero es preciso—dijo Duprey, adelantándose hasta la terraza y diciendo en voz alta para prevenir a los amantes:

—Pat, ¿quiere que la acompañe en mi auto hasta su hotel?

—¡Ah, sí, sí, ciertamente!... Debe ser ya muy tarde. Voy a buscar mi abrigo y a arreglarme un poco... Vuelvo al instante.

—Yo te acompaño, Pat — dijo Nan, siguiéndola.

Duprey vió alejarse a las dos mujeres y dijo a Bill, que se había quedado sin palabras al verse sorprendido por su mujer y su cliente:

—Es lástima, Bill, que no haya oído a su mujer. Me ha dado ideas magníficas para mi programa de radio. Tiene ideas muy originales

y una gran intuición para la propaganda. Mañana iré a visitarle a su oficina y hablaremos largamente de ese proyecto de Nan.

—Sí... Nan ha sido siempre una mujer muy inteligente —murmuró Bill, cada vez más turbado.

—Sí, muy inteligente, la más inteligente de la familia, sin duda alguna —dijo Duprey, subrayando mucho sus palabras.

Las dos mujeres habían subido hasta el tocador de Nan. Pat, sentada ante el espejo, se arreglaba cuidadosamente los desperfectos de su maquillaje, mientras Nan, mirándola con valentía, le dijo:

—Supongo que crees estar enamorada de mi marido.

—Lo creo porque lo estoy... Le amo de veras y Bill también me quiere a mí. ¿Qué sucede en esos casos, querida Nan?—replicó Pat con un descaro que hirió a Nan.

—Sucede algunas veces que la esposa es lo bastante valiente para defender la dicha de su hogar, aunque sea con uñas y dientes.

—Pero siempre ha de terminar declarándose vencida y dejando el campo libre...

—Pat, tú sabes muy bien que algunos hombres, todos los hombres, pierden un poco la cabeza cuando se ven con mucho dinero... Se creen ya dueños del mundo y con derecho a todo. Es como un mal sueño, como una pesadilla de la que suelen despertar sobresaltados y a la que olvidan pronto en cuanto la luz del día les muestra claramente la ruta a seguir...

—Lo siento mucho, Nan; pero en este caso, si alguien sueña eres tú.

—Es una cuestión en la que no podremos estar nunca de acuerdo, Pat.

—Entonces, no discutamos en vano y dejemos al tiempo que decida —replicó Pat con tranquila calma, poniéndose su abrigo y bajando a reunirse con Duprey.

—Ya estoy lista, Paul, cuando quiera...

—Vamos, es muy tarde.

—Buenas noches... y gracias por la agradable noche que me han hecho pasar—dijo Pat, acentuando el tono irónico de sus palabras.

* * *

No parecía que el tiempo quisiera traer la paz al corazón de Nan. Bill seguía olvidándola, dejándola sola, completamente sola, para vivir casi por entero al lado de Pat. Nan comprendía que cada día que pasaba perdía más y más a su esposo, comprendía que aquella situación era insostenible y que ante la lucha entablada entre ella y su rival sería ella la que perdería, porque luchaba con demasiada nobleza para vencer. No temía que llegara el momento en que Bill le plantearía la cuestión del divorcio. Estaba decidida a no acceder, no por ella, que para ella se había acabado ya la dicha, sino por su hijo y por su hogar. No dejaría que aquella ley injusta y cruel destruyera lo que tan caro era a su corazón. Si una mujer le robaba el amor de su marido no permitiría que las leyes le robaran el nombre del padre de su hijo, ni que destruyeran la paz del hogar, paz que era fingida, pero que mantenía un rescaldo que acaso algún día llegara a reavivar la extinguida llama de la ternura conyugal.

Nan no estaba equivocada. Pat apremiaba constantemente a Bill para que presentara a Nan la cuestión del divorcio. Quería vencer en toda la línea y no se daría por satisfecha hasta poderse llamar ella la señora de Reynolds. En vano Bill dejaba de un día para otro enfrentar el asunto con su mujer. Aunque estaba cegado por el amor de Pat tenía en lo íntimo de su conciencia la voz del remordimiento que no le dejaba tranquilo. Pero por fin, tuvo que decidirse, después de una violenta escena con Pat, a plantear el problema a Nan.

Le escuchó ésta con tranquilidad, como una persona que hace ya mucho tiempo está preparada para ello, y cuando Bill hubo terminado le dijo con una voz en la que no había inflexiones:

—Hacia mucho tiempo que esperaba eso, Bill... Pero no gastes palabras en vano. Estoy decidida a no divorciarme.

—¡Eso es absurdo! No podemos seguir viviendo así... Quiero casarme con Pat y no puedo casarme con ella si no me divorcio de ti.

—Bill, lo absurdo es lo que tú me propones... Hace mucho tiempo que estamos casados. Hemos pasado juntos muchos contratiempos, muchas preocupaciones, muchas dificultades, y siempre hemos sido felices y nos hemos amado a través de todas esas épocas difíciles... Ahora eres el hombre que ha triunfado, que gana su vida de manera espléndida y que se cree ya con todos los derechos... y que se cree enamorado de la primera mujercita bonita que le pone ojos tiernos...

—No me creo enamorado... sino que lo estoy sinceramente... ¡No te comprendo, Nan!... ¿Cómo puedes hablar con esa calma?... ¿Por qué me miras con esos ojos?

Nan perdió las fuerzas que creía no la habían de abandonar, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—¡Oh, ya sólo faltaba eso!... ¡Ahora las lagrimitas para enternecer!—exclamó Bill, exasperado y con mal humor—. ¡Vamos, no te pongas sentimental y ridícula!

—No me pongo sentimental... ¿Es que Pat no se ha puesto nunca sentimental cuando está a tu lado? ¿O es que su sentimentalismo es menos ridículo que el mío?—preguntó Nan entre sollozos.

—Creo que será mejor que no hablemos de ella en esos momentos.

—Y yo creo que son los únicos momentos en que podemos hablar tú y yo de esa mujer. Pat quiere destruir algo que nos pertenece, algo que es tuyo y mío: nuestro hogar, nuestra propia felicidad... ¡Pero yo no la dejaré que lo destruya!... Cuando nos casamos prometí al pie del altar ser tuya, tuya siempre, en los tiempos difíciles y en los tiempos dichosos... Durante bastantes años he sido tuya y contigo he pasado épocas de verdadera dificultad... Ahora que las cosas marchan un poco mejor no voy a dejar que esa mujerzuela me las robe...

—No veo la necesidad de que insultes a Pat de ese modo. Ella habla de ti con mucho respeto.

—¿Cómo iba a hablar de otro modo de mí? ¿Qué motivos le he dado yo para que me insulte? ¿Acaso he pretendido destrozar su hogar y su vida?

—Bueno, bueno, basta... Esa no es la cuestión... ¿Te divorcias de mí, sí o no?

—¡No, ya te he dicho que no acepto el divorcio!

—No comprendo tu conducta, Nan... No comprendo como quieres retener a tu lado a un hombre que quiere marcharse... ¿Es que no tienes ni pizca de orgullo?... —preguntó Bill con desprecio, tomando

su sombrero y saliendo de la casa rápidamente.

Nan se quedó llorando inconsolablemente. Bill se dirigió al garage para tomar su automóvil. Estaba decidido a no volver a su casa. Iba cegado por la ira. Iba enloquecido por el amor de Pat y por la escena que acababa de tener con su mujer. Tan cegado estaba que no oyó la voccecita de su hijo que le llamaba con insistencia, no se dió cuenta de que el niño salía al jardín y se acercaba al garage en el mismo instante en que él ponía en marcha su automóvil, arrollando a la criaturita.

Un grito espantoso de Nan, que no había tenido tiempo de salvar al niño, avisó a Bill de la desgracia. Paró en seco, bajó del auto y se acercó a su mujer que había cogido en brazos al chiquillo y le besaba como enloquecida de dolor, mientras decía con honda desesperación:

—¡Buddy, vida mía, hijito, hijito de mi alma!... ¡Corre, corre, ve a buscar a un médico!—añadió mirando con una mirada desesperada a Bill, que partió corriendo mientras ella entraba en la casa al niño.

Con mortal angustia esperó Bill que el doctor saliera de la habitación de su hijo. No sabía qué importancia podían tener las heridas.

No sabía siquiera si estaba vivo o muerto. Nan se había quedado a la cabecera del herido y Bill había permanecido en el hall en angustiosa espera.

Cuando vió al doctor quiso precipitarse a él, pero le contuvo la figura de Nan que le miró con severidad. Cuando el doctor se hubo marchado Nan dijo a su marido con aquella misma voz sin inflexiones, que ya le había escuchado hacía poco rato:

—No tiene heridas de importancia. El médico dice que no hay que temer nada, pero es cosa larga.

—Nan... quisiera decirte que... Tú puedes comprender... Todo lo que te dije antes del divorcio quisiera retirarlo...—murmuró Bill sin atreverse a mirar a su mujer.

—Ya es tarde, Bill... Deseabas abandonarme antes de que ocurriera esa desgracia que hubiera podido ser fatal... Ahora quisieras quedarte, pero no por mí, sino por él... Te dejaré verlo siempre que quieras, todo el tiempo que quieras... después que se haya fallado el divorcio... He encontrado, por fin, el poco de orgullo que me quedaba —añadió Nan, levantando la frente con dignidad.

—Nan... te lo ruego...

—No ruegues... —dijo Nan, mientras descolgaba el auricular

telefónico para contestar a una llamada—. ¿Alo?... ¡Ah! ¿eres Pat? Sí, sí... Bill irá a reunirse contigo ahora mismo...

Nan colgó el aparato y miró a Bill. Leyó Bill en los ojos de su mujer que su decisión era irrevocable, y bajando la cabeza, anonadado por la fuerza del destino, salió de aquella casa en la que quedaba lo mejor de su corazón.

La esposa fiel, la esposa buena, la esposa abnegada volvió al lado de su hijo para buscar en las ternuras del amor maternal compensación a sus sufrimientos de amante desdenada y vencida.

No tardó Buddy en recuperar la salud. Había estado en cama algunas semanas, porque el médico recomendaba la más absoluta quietud hasta que sus piernecitas recuperaran toda la fuerza que el golpe sufrido les quitara. Pero ahora ya podía bajar al jardín y jugar sobre el césped, siempre bajo la vigilancia gentil y atenta de Nan que había dedicado al niño todo el amor de su alma, aunque seguía pensando siempre en Bill, en su marido, en el que salió de casa la noche del accidente y al que no había vuelto a ver.

Bill planteó el proceso de divorcio ante los Tribunales. Si Nan no le dejaba ver al niño hasta que es-

tuvieran divorciados era preciso apresurar los acontecimientos, porque ahora Bill se daba cuenta de que el niño era una de las partes más hermosas de su vida y que sin él no podría seguir viviendo.

Nan conocía por su abogado la marcha del proceso y esperaba con calma el día en que tenía que fallarse el juicio y en que se enfrentaría con su esposo para hacer ambos las declaraciones que tenían que pesar en la balanza de la justicia.

Duprey no había abandonado a Nan en todas aquellas semanas de prueba que la joven pasara velando la enfermedad de su hijito. Fué un visitante constante y un amigo fiel que permaneció a su lado en las horas difíciles y que nunca le insinuó ni la más ligera frase que pudiera hacer temer a Nan los proyectos que un día quiso exponerle. Duprey era el hombre galante, que sabe comprender y que sabe esperar. Estaba enamorado de Nan y cada día se sentía más cautivado por aquella mujer que demostraba un templo recio y un alma grande en la hora de la prueba. Pero sabía que un paso en falso podía separarle para siempre de ella, y Duprey se guardaba de dar aquel paso que podía serle fatal.

Cuando ya estaba muy próximo

el día del fallo del divorcio Duprey fué a visitar a Nan decidido a hablarle. La encontró en el jardín cortando flores y Duprey ayudó a Nan en aquella tarea, no sabiendo cómo abordar la cuestión.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted a Bill? — preguntó tras un largo rato de silencio para entrar en materia.

—No le he visto más desde que salió de casa. Sé que vive en el Club. Eso es todo—respondió Nan brevemente.

—El fallo del divorcio se aproxima, Nan... ¿No van ustedes a retirar sus mutuas quejas y a entrar en una plena inteligencia que salve todo lo que les separa?

—No — contestó Nan con firmeza.

—Nan... quizá mis palabras le parezcan prematuras... Ya sé que está fuera de toda regla y de toda compostura, pero la amo a usted apasionadamente, Nan... ¿Quiere casarse conmigo en cuanto el divorcio esté acordado?

—Es usted muy amable, Paul... —murmuró Nan sonriendo dulcemente.

—Sí, pero no contesta usted a mi pregunta...

—¡Es tan pronto!... ¡Estoy aún tan aturdida por todo lo que me ha pasado!... No soy capaz de reflexio-

nar con calma... Ya sé que todo ha terminado con Bill... pero...

—Bueno, no tengo prisa, Nan, no tengo prisa... Piénselo usted con calma... Ya me siento bastante feliz de no haber escuchado de sus labios un rotundo "no"—dijo Duprey, estrechando la mano de su amiga y dejándola para que pudiera reflexionar a solas en las palabras que le había dicho.

El día de la vista llegó. Nan fué a la sala del Tribunal con el corazón angustiado. Sentía que la fuerza le faltaba para ver de nuevo a su marido ¡y en qué circunstancias! Verle para separarse definitivamente de él, para perderle para siempre, para romper toda posible esperanza de reconciliación. Nan seguía amando a Bill, le disculpaba su abandono, comprendía que no había sido toda la culpa de Bill aquella escapatoria al terreno ilegal, porque Pat había hecho cuanto pudo para conquistarse a aquel hombre cuya voluntad nunca fué demasiado firme para marchar solo por la vida.

Cuando los dos esposos se vieron se dieron una larga mirada, en la que no había ningún rencor. Los dos quisieron sonreír, pero los dos se contuvieron, en un arranque de orgullo que no quería dejarles ceder.

Comenzó la vista y se les sometió a un interrogatorio enojoso. Ahora no querían ni él ni ella hacerse daño en sus declaraciones. Nan balbuceaba palabras de excusa para todas las acusaciones que pesaban sobre Bill, y Bill la ayudaba también a excusar su conducta. Era algo que el Tribunal no acertaba a comprender, algo que por primera vez ocurría en un proceso de divorcio: que las dos partes querellantes ofrecieran todas sus excusas y todas las ocasiones de disculpar las faltas de la parte contraria.

—¿Es verdad que la conducta de su marido durante el período que precedió a la demanda de divorcio le causó a usted grandes angustias? — preguntó el juez a Nan.

—Sí, señor—replicó ésta bajando la cabeza.

—¿Es verdad que le hablaba en tono duro y que excitaba sus nervios por el modo como la trataba?

—Señor juez, me ponía nerviosa... pero es que yo soy muy nerviosa generalmente, y no era precisamente por lo que me decía por lo que estaba nerviosa... es mi temperamento.

—¡Claro, tenía que estar nerviosa forzosamente, porque yo me portaba con ella como un canalla! — interrumpió Bill, poniéndose en pie y queriendo disculpar a su mujer-

cita, a su encantadora Nan, a la que la tristeza ponía mucho más bella.

—¡Silencio! — exclamó el juez y dirigiéndose otra vez a Nan, añadió—: Conteste concretamente a mi pregunta: ¿su marido la trataba mal y la ocasionaba serios disgustos?

—Señor juez... mi marido se portaba como... como un niño malcriado... pero todos los hombres son un poco niños... La culpa fué mía de no tener paciencia con él para irle corrigiendo, como se hace con los niños... — murmuró Nan, mirando con infinita ternura a Bill.

Bill se acercó a ella, le tendió los brazos y le dijo con la voz temblorosa y los ojos nublados por el llanto:

—Nan, vida mía, ¿quieres que olvidemos todo lo pasado?... Te amo... y te pido perdón...

—¡También yo te amo con toda mi alma, Bill!—exclamó Nan arrojándose en los brazos de su esposo con un vehemente arranque de perdón y de olvido.

—¡Esto es el caso más indigno y más inmoral que yo he visto en procesos de divorcio!—dijo el juez indignado ante aquella pública reconciliación—. Tenemos tres mil seiscientos noventa y nueve proce-

sos de divorcio en nuestras manos... y ustedes han venido aquí a hacernos perder el tiempo. Para reconciliarse no necesitaban del Tribunal... Salgan de la sala inmediatamente y vamos a dedicar nuestro tiempo a un caso serio...

Bill y Nan, cogidos del brazo, mirándose a los ojos como dos recién enamorados, salieron sin hacer caso de las palabras de indignación del juez, mientras Pat, que estaba entre el público al lado de Paul Duprey, asistiendo a aquel proceso de divorcio que había tenido un tan feliz fin, dijo a su acompañante:

—Bier, los dos hemos perdido nuestra partida, Paul... Y hay que saber perder... Mal de muchos... ¿Quiere invitarme a comer y nos consolaremos mutuamente?

—Encantado, Pat, encantado — replicó Duprey, convencido de que había nacido para el amor fácil y fugaz y que tenía que renunciar para siempre a su sueño de un instante, al sueño de tener un hogar propio y un amor duradero...

Unos días más tarde, estando Nan ocupada en el arreglo de su casa con aquella actividad simpática y alegre que siempre había tenido, aumentada ahora por la dicha que había recuperado a costa

de muchas lágrimas, llamaron a la puerta de la casa. Era una dama que preguntaba por la señora Reynolds.

—Soy yo — dijo Nan, mirando con mirada franca a la recién llegada.

—Recojo inscripciones para el censo electoral. ¿Está usted ya inscrita? — preguntó la recién llegada.

—Pase, pase usted... Creo que no estoy inscrita en este distrito... Pase.

Entró la señora, se sentó frente a una mesita y comenzó a escribir el nombre y la dirección de Nan Reynolds.

—¿Profesión?—le preguntó sin levantar la vista del papel.

—¡Oh!... No soy más que una mujer de su casa — replicó Nan sonriendo.

Y Bill, que llegó a tiempo para oír aquellas palabras, la cogió en sus brazos, la estrechó fuertemente y exclamó con ternura:

—¡Pero qué mujer de su casa!

La dama levantó los ojos al oír la voz de Bill y sonrió comprensivamente al ver a los dos esposos que se daban un apasionado beso en los labios.

FIN

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.
El gran desfile.
Miguel Sirogoff, o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El coche número 13.
Sin familia.
Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió.
Cobra.
El fin de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zazá.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel Imperial.
Don Juan, el burlador de Sevilla.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Beau Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Líbano.
La tierra de todos.
Tropici.
El rey de reyes.
Sangre y arena.
La ciudad castigada.
Aguilas triunfantes.
El sargento Malacara.
El capitán Sorrell.
El jardín del Edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenina.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
La bailarina de la Opera.
Moulin Rouge.
Ben Alf.
Los cuatro diablos.
Rie, payaso, riel.
Volga, Volga.
La sinfonía patética.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!
La ruta de Singapore.
La actriz.
Mister Wu.
Renacer.
El despertar.
La melodía del amor.
Las tres pasiones.
Cristina, la Holandesita.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo!
Sombras blancas.
La copia andaluza.
Los cosacos.
Icaros.
El conde de Montecristo.
La mujer lijera.

Virgenes modernas.
El pagano de Tahiti.
Estruendos dichosos.
La senda del 98.
Esto es el cielo.
Espejismos.
Evangelina.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Egoísmo.
La máscara del diablo.
El pan nuestro de cada día.
Vieja hidalga.
Posesión.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceres.
Las dos huérfanas.
La canción de la estepa.
El precio de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delikatessen.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de infantería.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gené.
Sombras de gloria.
Mamba.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marhen!
Prim.
El presidio.
Romance.
El gran charco.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
La incorregible.
El malo.
El pavo real.
Bajo el techo de París.
Wu-li-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
¡Mío será!
¡Aleluia!
La mujer que amamos.
Al compás de 3-4.
La princesa enamorada.
Amanecer de amor.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
Ángeles del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Esposas a medias.
Esclavas de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al príncipe.
Inspiración.
El proceso de Mary Du-gan.
Marruecos.
En cada puerto un amor.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.

Mar de fondo.
La llama sagrada.
La ley del barén.
La fruta amarga.
Vidas truncadas.
La fiera del mar.
Tabú.
El pasado acusa.
Papá piernas largas.
Trader Horn.
Un yanqui en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Estudiantina.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué viudita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Eran trece.
Cheri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camarotes de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianita.
El carnet amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
¡Viva la libertad!
Salvada.
El teniente del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¡Ríndase!
La calle.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
La hermana San Sulpicio.
La dama misteriosa.
Los clavos de la Virgen.
Pareja de baile.
Al Capone (Pánico en Chicago).
Mi último amor.
Muchachas de uniforme.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Congorilla (fuera de serie).
Carceleras.
Brase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Niebla.
Rebeca.
Indescable.
Tarzán de los monos.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por las Fairbanks.
Chica bien.
Recien casados.
Champ (El campeón).

La zarpa del jaguar.
Los amores de José Mojica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arsène Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Madelón.
Claudet.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran artista.
El último varón sobre la tierra.
Fantomas.
Violetas imperiales.
Teresita.
La película de las estrellas.
Grand Hotel (fuera de serie).
Soy un fugitivo.
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
El doctor X.
Emma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo de la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se reía del amor.
Susan Lenox.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.
La princesa se divierte.
La mano asesina.
El rey de los gitaros.
El sargento X.
Los seis misteriosos.
Esta edad moderna.
La novia de Escocia.
Besos al pasar.
El mayor amor.
El expreso fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).
La edad de amar.
Salvada.
Divorcio por amor.
Corazones sin rumbo.
Corazones valientes.
La dama fugazot-Demare (fuera de serie).
Los tres mosqueteros (Los Herretes de la reina).
Milady (Segunda parte de los tres mosqueteros).
Esclavitud.
La calle 42.
Las dos huérfanas.
Cabalgada.
Secretos.
La feria de la vida.
Una morena y una rubia.
Como tú me deseas.
El relicario.
El amor y la suerte.
Una viuda romántica.
Rasputin y la Zarina.
Susana tiene un secreto.
20.000 años en Sing Sing.
Huérfanos en Budapest.
¿Milagro?
Vivamos hoy.

Odio.
Los crímenes del museo.
El secreto del mar.
Mis labios engañan.
No dejes la puerta abierta.
Dos noches.
La melodía prohibida.
El primer derecho de un hijo.
Canción de Oriente.
La amargura del general.
Yen.
Boliche.
La vida privada de Enrique VIII.
Fra Diavolo.
El padrino ideal.
El judío errante.
El hijo de la parroquia.
Lety Lynton.
Barrio Chino.
Yo, tú y ella.
Un ladrón en la alcoba.
El cantar de los cantares.
La llama eterna.
Un hombre de corazón.
Sierra de Ronda.
El rey de los fósforos.
La Cruz y la Espada.
El canto del ruiseñor.
La mundana.
Adiós a las armas.
¡Tú eres mío!
Catalina de Rusia.
Tempestad al amanecer.
Belleza a la venta.
Alalá.
La hermana blanca.
La Reina Cristina de Suecia.
Por un solo desliz.
Se ha fugado un preso.
El error de los padres.
La ciudad de cartón.
Honduras de infierno.
Doña Francisquita.
El café de la marina.
El agua en el suelo.
Fedora.
El boxeador y la dama.
Esclavos de la tierra.
2 Mujeres y 1 Don Juan.
Alma de bailarina.
Yo he sido espía.
No seas celosa.

Desfile de candelillas.
Aves sin rumbo.
Simone es así.
Pescada en la calle.
Una noche en El Cairo.
Rosa de medianoche.
El rey de la plata.
Sobre el cieno.
Las sorpresas del coche-cama.
Sol en la nieve.
Madres de bastidores.
La portera de la fábrica.
Granaderos del amor.
Fanny.
Siempre en mi corazón.
Tarzán y su compañera.
El gato y el violín.
Sor Angélica.
Judea.
Casanova.
El primer amor.
Eskimo.
Un capitán de cosacos.
El altar de la moda.
La virgen de la roca.
La herencia.
Madame Du Barry.
Sucedio una noche.
Hombres en blanco.
Fueros humanos.
¡Viva la vida!
El negro que tenía el alma blanca.
Carolina.
Cuesta abajo.
Sola con su amor.
El mundo cambia.
Canción de cuna.
Paz en la tierra.
La dama del boulevard.
La hermana San Sulpicio.
El signo de la muerte.
La dolorosa.
Las fronteras del amor.
Wonder Bar.
La dama de las camelias.
La doncella de postín.
Caravana.
Hombres del mañana.
Así ama la mujer.
La buenaventura.
Nada más que una mujer.
Danza por un día.
La espía núm. 13.
Señora casada necesita marido.

El juramento de Lagardère.
El conde de Montecristo.
Julietta compra un hijo.
La novelada.
Carlos Gardel.
Fobleza baturra.
El velo pintado.
Nuestra hijita.
Amor de madre.
Vivamos de nuevo.
Cuando el diablo asoma.
Madre Alegría.
Rosario la cortijera.
Grandes ilusiones.
Es mi hombre.
Angelina o el honor de un brigadier.
Rataplan.
La hija del penal.
La indómita.
La pequeña coronela.
El cuervo.
No me olvides.
Rayo de sol.
El cantante de Nápoles.
La nave de Satán.
La verbena de la paloma.
La hija de Juan Simón.
La reina del barrio.
El secreto de Ana María.
La simpática huérfanita.
El héroe público n.º 1.
Ana Karenina.
El 113.
David Copperfield.
La llamada de la selva.
¡Abajo los hombres!
Rosa de Francia.
Una chica angelical.
Los clavos.
Tango-Bar.
Amor en maniobras.
Ahora y siempre.
Marietta, la traviesa.
Odette.
Nuevas aventuras de Tarzán.
Tres lanceros bengales.
Paloma de mis amores.
El sueño de una noche de verano.
No más mujeres.
Dos fusileros sin bala.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO: LA SENSACIONAL NOVELA

EL CURA DE ALDEA

Producción nacional, según la popularísima novela de Pérez Escribá

Por Juan de Orduña, Mary del Carmen, Pilar Muñoz,
Valentín González, Manuel Arbó

Precio: Una peseta

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

¡ATENCIÓN!

Con motivo de la próxima

FIESTA DEL LIBRO

Ediciones Bistagne hará un
descuento extraordinario de un
10 x 100 sobre todas sus novelas

¡NO LO OLVIDE!

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta